

# CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

D. Miguel S. Oliver. — D. Ramón Rucabado. — D. Bartolomé Amengual. — D. Carlos Jordá. — D. José M. Tallada. — D. F. Sans y Bui-gas. — D. J. M. López Picó. — D. F. de Sagarra. — D. Buenaventura Cunill. — D. Eladio Homs. — D. J. Martí y Sabat. — D. Eugenio d'Ors. — D. José Carner. — D. J. Sitjá y Pineda. — D. J. Farrán y Mayoral. — D. Manuel Reventós. — D. Emilio Vallés

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENCIÓN DEL SEÑOR

SUSCRIPCIÓN

España . . . . . pesetas trimestre  
Europa . . . . . 3 francos  
Número suelto . . . . . 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año V

Barcelona 23 de septiembre de 1911

Núm. 207

## SUMARIO

**Unamuno y la lengua catalana**, por R. RUCABADO.

**Los casos de La Riera y Vendrell ante la Mancomunidad catalana**, por BERNABÉ MARTÍ Y BOFARULL.

**Desde Alemania.—El miedo á la guerra**, por JOSÉ M. TALLADA.

**La historia del Fomento del T. N. y la industria catalana. — III. La Junta de Fábricas. El Instituto Industrial.**

**La cuestión de la Moral pública.**

**Un libro de interés.—«El alma de tu hijo», de Heinrich Lhotzky, traducido por Luis de Zulueta**, por R. R.

Un capítulo de este libro: **«Deberes de los padres».**

**La Semana:**

EL PROVINCIANISMO Y LOS INSULTOS, por R. UNA CÁTEDRA DE AGRICULTURA EN TARRAGONA.

**La Prensa Catalana:**

NUESTRO IMPERIALISMO Y NUESTRA LENGUA. *Sobre el imperialismo catalán*, de MIGUEL DE UNAMUNO, (rep. de «La Publicidad»). — *Las lenguas románicas. La educación popular y el «patois»*, de JEAN JAURÉS (trad. de «La Dépêche»). — *El catalán delante del castellano*, de MANUEL DE MONTOLIÚ, (trad. de «El Poble Catalá»).

**POLÍTICA ACTUAL.**

¿Abolicionistas? editorial (rep. de «La Publicidad»).

**Escritores españoles.—«El Problema religioso por dentro»**, conferencia por MANUEL DOMÍNGUEZ BERRUETA. (conclusión).

## Unamuno y la lengua catalana

Nos gusta ver á don Miguel de Unamuno predicando el evangelio de la imposición y enardeciendo los espíritus regionales para la reconquista y la vivificación de España.

¡Sin embargo, el rector de Salamanca á su vez nos impone á nosotros el sacrificio de nuestra lengua! Que nuestro imperialismo sea en castellano, que nuestro catalanismo sea, tan radical como se quiera, pero en castellano también. No se aparta ni un ápice de su característica evaluación *volumétrica* de los idiomas. En nombre de la fantasía hispano-americana, nos invita al abandono del catalán, cuya renovación duda, cuya muerte próxima decreta.

Acerca de esta obsesión evaluativa de los millones de habladores, Manuel de Montoliú ha dicho muy juiciosas y serias cosas en un artículo que va traducido en este mismo número. En él entierra hondo el valor estadístico y señala al aprecio de los sinceros, el valor vital. Desprecia la realidad numérica y sólo atiende á la realidad cultural de las lenguas humanas.

El imperialismo catalán por España, se hace, hoy por hoy, como se puede. Nuestra gente va entendiendo que el mejor imperialismo es el del ejemplo. Y esto, la actuación interna, tiene que ser forzosamente en catalán.

Unamuno señala como ejemplar la acción expansiva de Zulueta, Maragall, Balmes... La confusión está en pensar que esta transmisión del pensamiento catalán por el verbo castellano es un fenómeno simple y directo. Balmes escribió en la única lengua científica que había en España en su época, lo que el juicio tradicional y secular de Cataluña le dictaba. Pero Torras y Bages ya escribe en catalán, y su caudal alimenta á todos nuestros hombres patrióticos y sinceros. Si se suprime al Maragall poeta, se calla el Maragall periodista. Si se induce á Ors y á Prat de la Riba á hablar y pensar en castellano, Luis de Zulueta perderá un noventa por ciento de su aplomo y de su eficacia. Los memorables discursos parlamentarios de Cambó poco valor tendrían sin la existencia de los discursos y conferencias anteriores, pensados, dichos, sentidos y arraigados en catalán. Los mismos que escribimos esta revista sentimos la necesidad *vital* de aumentar nuestra producción en catalán para no languidecer al escribir solamente el castellano.

En una palabra, sin verbo catalán no hay expansión catalana, porque no puede ser en individuos normales pensar en una lengua y hablar en otra. O hablamos y escribimos en catalán, ó morimos. No hay otro remedio. Si se nos dice «castráos y seréis reyes!» no escucharemos. ¡Unamuno nos propone una verdadera castración espiritual!

No vale equiparar el problema del Catalán con el del Vasco. El Catalán es una lengua latina, la que mejor transparenta el cuerpo de su madre inmortal. ¿Cómo hemos de morir si nuestra madre misma, cada día más amada y estudiada y por lo tanto, vivi-

ficada, nos sostiene? El vasco es bárbaro é incomprensible; es una lengua imperfecta y estacionaria. No hay una Cultura vasca, como hay una Cultura histórica catalana. El vasco no tiene á Jaime I, Ramón Muntaner, Ramón Llull ni Ausias March. El vasco apenas si ha renacido. Es una lengua prohibitiva y se comprende la decadencia de que Unamuno nos habla. Mientras que si el catalán no murió y se disolvió en la gran miseria del siglo XVIII, es que su vitalidad está consagrada á grandes destinos.

Hoy no hay ya un español de cultura algo más que mediana, que se resigne á conocer á Maragall, á Víctor Catalá, á Guimerá ó á Iglesias al través de traducciones. Es más. No es posible, hoy día, que ni aun el más vulgar hombre de pluma en España desconozca el catalán. Nuestro pensamiento y nuestras ideas. Este hecho es nuevo y es una conquista, un acto de imperialismo de la lengua catalana.

Esto no es posible negarlo. Como tampoco es posible negar que en Cataluña, de diez ó quince años á esta parte, el que ha querido hacer algo de provecho ha tenido que *hablar en catalán y escribir en catalán* primero que todo: esto en Música, en Arte, en Literatura, en Política, en Enseñanza, en Teatro y hasta en Religión. ¿cómo rebelarnos ante este hecho? ¿cómo no sacar utilidad de él antes que consentir en arrojar nuestro tesoro por la borda?

Se dirá que con la dualidad de lenguas no aparece expedito el camino del imperialismo. Lo sabemos. Sabemos que nuestra expansión, si es en castellano, no puede ser bien realizada, si en catalán no puede ser bien comprendida. Por esto llamamos un problema á esta cuestión. Unamuno lo ve y se precipita á darnos una solución, tan arbitraria como imposible. No nos dejemos seducir por el Tentador que dijo á Cristo: «Adórame y serás el Dueño del mundo».

¿Qué nos importa que hoy no veamos clara la solución para cuando Cataluña ejerza la hegemonía ó llegue al desarrollo? ¿qué lengua dominará? ¿la castellana ó la catalana, ó ambas á la vez?

Tengamos Fe. Lo que bulle dentro de nosotros ES VERDADERO. Obedecemos á Algo que por encima de todo y á pesar de todo nos mueve. No contradigamos esta fuerza misteriosa que nos ilumina por dentro y nos hace andar. Aquel que ha colocado dentro de nuestros corazones el optimismo y hace florecer con flores cada vez más bellas nuestra Lengua, es el que nos mostrará, á lo mejor, abierto el camino que creíamos cerrado.

La mayor parte de los catalanes poseemos dos idiomas, y muchos, muchísimos, tres: (catalán, castellano, francés). Convenido que no somos cerebralmente superiores á los demás españoles, bien pudiéramos comenzar á pedir que en lugar de renunciar nosotros á nuestra lengua, conozcan el catalán los demás habitantes de España. Así España entera será más enriquecida y elevada.—R. RUCABADO

# Los casos de La Riera y Vendrell

## ante la Mancomunidad Catalana

Ahora que felizmente parece haberse extinguido en definitiva la terrible epidemia que amenazó exterminar los pueblos de La Riera y Vendrell, no será de más que demos á conocer algunos de los aspectos de la misma con relación á nuestro objetivo que no es otro que el pretender demostrar la racional necesidad de la existencia de la Mancomunidad de las Diputaciones catalanas puesta en evidencia en casos tan precarios y tristes como el que nos ocupa.

En nuestro artículo-esbozo, tratando de *La Mancomunidad Provincial y sus ventajas para Tarragona* (1), dejamos apuntada lacónicamente la palabra *Sanidad* como uno de tantos puntos á estudiar.

Bien lejos de nuestro ánimo estaba imaginar que la habíamos de hacer jugar tan pronto y con tanta viveza.

\* \*

Supongamos por breves momentos que la Mancomunidad de las Diputaciones hubiese existido en estas apremiantes circunstancias.

¿No es lógico asegurar, que hubiese tenido medios rápidos y de efectos inmediatos para localizar la epidemia, ya sea alejando á los enfermos de las casas-viviendas, ya desinfectando habitaciones y calles, ya mostrando una batería completa de material sanitario de conformidad con las modernas exigencias médicas tal como ha podido hacerlo el Gobierno, aunque algo tarde por defecto de las distancias y demás detalles de orden gubernamental? Claro que sí, pues que entonces no hubiese sido Tarragona quien hubiere tenido el deber de acudir en auxilio de sus pueblos, ni el Estado solo, sino Cataluña en pleno; y Cataluña en pleno es algo tan fuerte como el Estado, pues si ese ha podido ahora ofrecer un poco de su poder (muy poco por cierto) débese, en primer lugar, á no tener, por fortuna, que atender á otras regiones; y en segundo lugar, por brindársele ocasión de dar fe de su existencia sanitaria ante el clamoreo general de la nación atemorizada.

La Mancomunidad,—pequeño Estado económico-social en Cataluña,—podrá atender, en relación á su poder y límite esos casos, de una manera rápida, digna y consciente, no olvidando nunca, que el Gobierno de España, superior gerárquico, habrá á un mismo tiempo de cumplir sus altas funciones como á tal, puesto que, en todos momentos ha de ejercer sus prerrogativas oficiales.

Así obtenemos *dos* grandes efectos para *una* sola causa. Nos sugieren las anteriores consideraciones el triste pa-

pel que ha representado nuestra Diputación ante la epidemia, no sabemos si cólera ó bien de gastro-enteritis y entero-colitis contagiosa como la han diagnosticado nuestros galenos.

Ha sido triste papel, en verdad; pero también debemos decir en honor de la misma, que no había otro á representar. Sin medios económicos, sin aparatos *ad hoc*, sin crédito tal vez ¿qué pudo hacer nuestra Diputación más que suscribirse con una exigua suma y ofrecerse moralmente? Hay que ser parcos en el juicio y justos ante la realidad. *No podía hacerse otra cosa*. Y no pretendemos hacer cargos á nadie de semejante situación. De ninguna manera. El dolor de hoy, es hijo del mal de ayer; es algo ya crónico ó endémico.

\* \*

Otros aspectos no menos importantes ofrecen ocasión de examen detenido, tales como *Beneficencia*, *Juntas de defensa local*, de *Auxilios mutuos*, etc, etcétera, que deberá tener en cuenta la Ponencia que ha de dictaminar para la constitución de las bases que han de servir de zócalo á la futura Mancomunidad. Naturalmente que no corresponden todas ellas á su gestión puramente administrativa, pero como su eficacia llegará á ser *nacional*, ningún otro funcionamiento tan apropiado para gobernar las instituciones de índole defensiva y constructiva. Al fin y al cabo la Mancomunidad lo es todo (1). Raza. Fuerza. Cultura. Orden. Moral. Economía. Principio y Fin en lo étnico y en el meollo de nuestra personalidad.

Apénase nuestro espíritu al recordar los espectáculos incultos y anticristianos que se han sucedido durante estos pasados días de pánico. Pueblos enteros han acudido al auxilio de las armas para evitarse todo contagio con los dos atacados *oficialmente*; pueblos, ayer hermanos, que cierran el paso á todo individuo, con ó sin razón para ello, y que se niegan á socorrer á los infestados (2). Los habitantes de Vendrell mismo huyeron á la desbandada como rebaño de ovejas que embiste un lobo. La Riera, huérfana de toda misericordia; tanto es así, que según podemos leer en una correspondencia de esa villa, á no

(1) Leemos en un diario de esa, que el Alcalde de Vilafranca del Panadés ha escrito al Sr. Prat de la Riba haciéndole saber que, para efectos de la salud pública, ha tenido que hacer cuantiosos gastos y que será bueno lo tenga presente la Comisión Provincial para que vote un crédito para nivelar la diferencia.

(2) Como nuestro intento no es el de mortificar á nadie, no hacemos sino citar hechos sin comentarlos, y, en prueba de justicia, hacemos constar que, en cambio, muchos pueblos han suspendido sus fiestas mayores, y la consignación reservada á festejos la han aplicado á compra de aparatos sanitarios, local para enfermos, esterilizadores de aguay demás, lo que les honra en gran manera.

ser la noble ciudad de Tarragona que les abrió sus puertas y sus brazos prudentemente, hubiesen perecido durante los primeros días del azote.

¡Y todo esto en pleno siglo XX!

El mismo Presidente del Consejo de Ministros tuvo á bien decir, muy ligeramente por cierto, que lo de Vendrell era más problema del hambre que no epidémico ¡Y Cataluña ha soportado estas palabras que equivalen á un bofetón! ¡El problema del hambre! No tanto, señor Canalejas. De haber dicho el problema de la humanidad, el problema del desorden ó del pánico, tal vez hubiese estado más en lo justo el primer ministro de la corona; pero ¡el hambre! Esto no puede decirlo tan llanamente un jefe de gobierno en una nación de 17 millones de habitantes; porque el hambre, es al fin, algo que se apaga dando de comer, y en todo caso no le han de faltar medios al gobierno de S. M. que tan pródigo se muestra á veces en cosas fútiles para que el terrible fantasma, mil veces peor que el cólera, no sea decretado en España como simple estado normal en uno de sus pueblos. Algo hay no obstante, que justifica en parte lo dicho por el señor Canalejas; esto es, la necesidad, y lo prueba el que Cataluña, como siempre, ha abierto de par en par su bolsillo para alivio de los más necesitados, y el dinero de los catalanes ha corrido generosamente hasta llegar á la ayer alegre y festiva villa del bajo Panadés. ¡Cuánto nos placería ahora poder decir lo mismo de las otras regiones!

Ahora bien; la Mancomunidad Catalana en su organización nacional no debe dejar en olvido este aspecto, el de *Beneficencia* para casos de pestes, epidemias, desbordamientos de ríos, plagas del campo, etc. De haber estado en funciones una Junta de Beneficencia Catalana, producto de otras de las diferentes comarcas, ó divididas en cabezas de partido judicial (en cuyo caso Vendrell hubiese tenido la suya) el medio eficaz y rápido de defenderse á sí misma le hubiere tal vez alentado á la esforzada lucha por la vida. Espanta el pensar si llega á propagarse la enfermedad ante tal estado de atraso ó con espíritus tan pusilámines y aterrorizados. Buen ejemplo de que no había para tanto gritar, nos lo ha ofrecido nuestra muy querida ciudad que ha albergado á docenas de vendrellenses huidos de su villa natal, y con sólo la debida prevención médica é individual, no se ha presentado *ni un solo caso*, ejemplo que los mismos técnicos de higiene no aciertan á explicarse.

Cuando mañana la Ponencia de la Mancomunidad Catalana intervenga, emita juicio ó forme base de estudio de este grave y aleccionador acontecimiento bien digno de tenerse en cuenta para la futura y eficaz salvaguardia de los intereses morales y materiales de Cataluña, dirá si son merecedoras de atención estas nuestras modestas y ligeras consideraciones, aunque no sólo reflejan

(1) CATALUÑA, núm. 200, pag. 483.

nuestro pensamiento en cuanto á las funciones del organismo catalán, sino que también y muy principalmente, se encaminan á pedir á nuestros pueblos y á nuestros ciudadanos, en tales ocasiones, un poco más de caridad y un poco menos de egoísmo.

BERNABÉ MARTÍ Y BOFARULL

Tarragona 16 septiembre 1911.

Desde Alemania

## El miedo á la guerra

Decididamente, los grandes armamentos, las escuadras poderosas, todos los prodigios del arte militar no defienden del miedo. Y así hoy, ante la posibilidad de un rompimiento entre Francia y Alemania, en la gente de todas las clases sociales de ambas naciones, desde las esferas diplomáticas hasta humildes obreros, el miedo ha hecho presa. Un miedo, eso sí, nada deshonroso, un miedo noblemente humano. Si el caso llegara, los ejércitos de una y otra parte lucharían con valor, y los respectivos pueblos sostendrían con su apoyo los embates de sus ejércitos. Mas en el entretanto, mientras la guerra es sólo una cosa posible que puede estallar mañana, ó la semana próxima, ó dentro de un mes, se la teme y se desea vivamente que, por la diplomacia, se encuentre una solución que haga quedar honrosamente á los dos países.

Yendo de París á Colonia me admiraba del gran número de trenes de viajeros y de mercancías que con nosotros cruzaban. En las estaciones alemanas, había multitud de coches franceses en carga y descarga. Y esto por sólo una de las líneas que unen á Alemania con Francia y sin contar el enorme tráfico marítimo.

En verdad, yo siempre he tenido una sonrisa por mitad compasiva y burlona para la propaganda pacifista. El desarme universal, los arbitrajes internacionales, los congresos, etc., son medios en que emplean su tiempo unas cuantas personas. Mas por encima de ellos, la paz universal va siendo cada vez más un hecho; y cada ferrocarril que se inaugura, cada peseta más en la cifra de las importaciones ó de las exportaciones de un país, cada sucursal, cada comisionista en el extranjero hace más para evitar una guerra, que todos los discursos que puedan pronunciarse en congresos y banquetes pacifistas.

Y no hablemos ya de que los progresos del arte militar y naval hacen cada vez más caro un combate. A un cañón de determinada potencia, sucede la construcción de una plancha blindada que no es atravesado por el cañón anterior. Mas inmediatamente aparece ya el que lo logra, seguido inmediatamente de la construcción de otra plancha que le resiste. Y así sucesivamente; pero cada vez de un precio mayor.

No creo tampoco mucho en las posibilidades de una acción obrera internacional para impedir la guerra. Los mismos sindicalistas franceses aparecen mudos en las circunstancias actuales y no hay que olvidar el lenguaje de los socialistas alemanes en más de una ocasión. La huelga general es en esto

también un mito, mas, como toda idea mítica, tiene una gran fuerza, y los gobiernos la tendrán siempre en cuenta antes de lanzarse á una lucha.

No habrá guerra por ahora ni es fácil que la haya en mucho tiempo.

Cuando Francia callaba, Alemania alzaba el grito; ahora Francia grita, y es Alemania la que vuelve un paso atrás.

¡Es que hay miedo!

JOSÉ M. TALLADA

Berlín 14 septiembre 1911.

## La historia del Fomento del Trabajo Nacional — y la industria catalana —

III

### La Junta de Fábricas

#### El Instituto Industrial

(Véanse los números 204 y 205)

Como preludio á la gran reforma arancelaria de 1841, es conveniente consignar el entusiasmo de los fabricantes catalanes y de la *Comisión de Fábricas* con ellos, para con Espartero, desbordado en sentidas comunicaciones dadas con ocasión de la subida de ésta en 1840, con menoscabo de la Reina Gobernadora á quien tanto habían confesado deber antes. La reforma de las tarifas, alrededor de la cual volvióse á batallar de lo lindo, dió, sin embargo, mayor satisfacción á los fabricantes que la de 1839, y de todas maneras «fué siempre citada como modelo por su resultado y por el método que se observó al hacerla.» Una cuestión gravísima surgió aquí, y es la de la maquinaria industrial, cuya entrada estaba prohibida desde el decreto conseguido por Bonaplata en 1831, y á todo esto las máquinas de hilar Mull-Jenny y los telares Jacquard, eran conocidos desde 1805 y 1818 respectivamente. Aunque Güell, cuya aparición se señala entonces, á su regreso de Cuba, y que era propietario ó participe en una fábrica de maquinaria en Barcelona, se empeñó mucho en defender su industria, no pudo impedir la derogación de la prohibición mencionada, anhelada por los fabricantes, la Comisión y la Junta de Comercio.

Atravesóse durante este agitadísimo período político y mayormente en los revueltos años de 1842 y 1843 en que los gobiernos y los pronunciamientos se sucedían con velocidad, una gran marejada social, tanto más difícil de contener, cuanto vivíase en exaltación perpetua. La *Comisión de Fábricas* no cesó de pedir la disolución de la «Agrupación de Jornaleros» que, con huelgas y disturbios, tanto dió que hacer; pero muy al contrario de ejecutarse las promesas del regente sobre este punto, llegó á tal extremo la efervescencia obrera que, según Graell dice «se ensayaron aquí los talleres municipales ocho años ante que en París.»

Para defenderse del tildé de exclusivismo, al propio tiempo que para asegurar y dar mayor extensión al prohibicionismo, ideóse ya, en 1840, la creación en Madrid de un Instituto Industrial de carácter nacional con el objeto especial de promover industrias por todo el territorio español, fuera de Cataluña, idea que desde luego fracasó.

Pero la proximidad de una nueva reforma arancelaria, en 1847, avivó el afán de asociación entre los productores y movióse una campaña por toda España. La *Comisión de Fábricas* dirigió ruegos á todos los centros económicos de España exhortándoles á que

se gruparan en asociaciones, para delegar en una Comisión Central la misión de constituir una Asociación general de la industria española. Para mayor coadyuvar á esta amplitud de miras, la *Comisión de Fábricas* compuesta por Reglamento exclusivamente de fabricantes algodoneros y sus auxiliares, decidió ensanchar su radio, abarcando todos los ramos de la industria catalana necesitados de protección, y en fecha 27 de marzo de 1847, acordó constituirse en *Junta de Fábricas*, y nombrando primer presidente á D. Juan Güell y Ferrer. De entonces data la famosa corporación que á pesar de su brillante gestión vida tan efímera debía tener ya que fué suprimida en 1860 é incorporada por decreto gubernamental á las Juntas Provinciales de Agricultura, Industria y Comercio, lo cual fué su muerte.

La *Junta de Fábricas* gozaba de carácter oficial, pero esto, al propio tiempo que daba gran autoridad y eficiencia á su intervención en las cuestiones arancelarias, limitaba forzosamente su actividad en cuanto al fomento técnico de sus mismas industrias, que necesitaba de un órgano de mayor amplitud. A este efecto, un año después de la creación de la *Junta de Fábricas* inaugurábase, bajo sus auspicios, el *Instituto Industrial de Cataluña*, nombre que se le dió, no sólo porque realmente en la Junta se agrupaba ya toda la producción del entonces llamado Principado, sino para diferenciarlo de la entidad nacional de igual denominación. Esta nueva entidad tenía por objeto promover el adelanto y progreso dentro de cada industria y estimular la cultura profesional. Inauguró sus tareas con una Exposición de productos industriales y se dividió en secciones por grupos de industrias, confiriendo las presidencias respectivas á los productores más eminentes en cada ramo. Y además de las secciones técnicas tuvo, desde el principio, otra de carácter teórico, científico y artístico, y hay que mencionar que el presidente de la sección de *Economía Política*, fué D. Laureano Figuerola, entonces catedrático de la Universidad de Barcelona. También nombró el Instituto socios honorarios á las personalidades de más relieve en la política y en la corte, y entre ellas algunas de las que más habían combatido á la junta, en señal de tregua y transacción. Y por cierto que el recién nacido Instituto halló en sus primeros tiempos no pocos obstáculos y oposiciones por parte de los gobernadores; efectos todos del gran recelo contra los fabricantes.

Graell llama, al llegar aquí, la atención sobre el interés y valor de la correspondencia que cruzada entre la Comisión y la Junta, con sus representantes en Madrid ó con otras personalidades, forma su documentación y fuente histórica, y señala la conveniencia de dar algún día á la publicidad el

Epistolario completo de aquellas corporaciones. Dedicó un recuerdo á los cooperadores que la Junta halló en la capital en esta etapa, como lo había hecho con las de las etapas anteriores. Uno de los que más se singularizaron fué D. Andrés Borrego, periodista y economista, representante al servicio de la Junta, encargado de vigilar los manejos librecambistas. Este escritor no era ya prohibicionista, sino solamente proteccionista, y esto ocasionó diferencias y discusiones con los fabricantes, prohibicionistas á ultranza, y á los cuales no había quién apease de su radicalismo, máxime cuando precisamente por aquellos mismos tiempos Cobden, el alma de la Liga de Manchester, estaba haciendo un viaje por España, siendo recibido en Palma, en Cádiz y Sevilla, en donde dejó atmósfera librecambista tan intensa que se fundaron periódicos y asociaciones. Entre otros intelectuales cooperadores de la acción de las juntas, menciona á Morquecho, Illas Vidal y Orellana, el que después fué Secretario del Instituto Industrial y del Fomento de la Producción Nacional, y rinde especial homenaje á la memoria de D. Juan Güell y Ferrer, el insigne productor, economista y protector de la industria catalana.

Aquí hay que trasladar íntegro un párrafo de Graell. «No abundaron, ciertamente, los hombres públicos civiles que de una manera resuelta estuviesen siempre al lado de las asociaciones catalanas, sino que, por lo contrario, los más, la inmensa parte, les fueron adversos. Las ideas de Smith se pusieron tan de moda que fué inútil parar aquella corriente con ribetes de inundación. Era la última etapa de la orientación individualista que, lo mismo desde el campo religioso con la teoría del libre examen, que del filosófico con la doctrina de la duda universal y la exclusiva guía del discurso, que desde el de la ciencia que, sobre todo, después del sistema heliocéntrico, fué llevado por el análisis á los elementos primitivos, al átomo autónomo, sin dirección ni ley, todo iba encaminado á la disolución de los organismos colectivos, sin respetar siquiera la economía nacional, para proclamar como única legítima esfera de acción la individual universal. Constituía esta mentalidad, en aquel entonces, una verdadera locura, y hubiesen perdido ya su nacionalidad algunos Estados si las masas obreras, que resultaron las víctimas, no atajaran por el terror aquel delirante individualismo». Uno de los intelectuales y hombres públicos, decididos amigos de Cataluña y de la industria, fué D. Javier de Burgos, á quien debióse la unión de los trigueros castellanos y los ferreteros de Bilbao con los algodoneros catalanes.

Los Generales que en aquella época turbulenta habían ejercido casi constantemente el monopolio del gobierno en Cataluña, correspondieron á la confianza que en ellos ponían constantemente los industriales, protegiendo sus intereses y sirviendo de mediadores eficaces entre ellos y los ministros. Se cita al Duque de Bailén, al Marqués de Campo Sagrado, al Conde de Bornos, Barón de Meer, Narváez, Pavía, los Córdoba y los Concha, el Marqués del Duero, y no hay que decir que el general de su preferencia y dilección era Don Juan Prim, quien, desde la primera vez que se sentó en el Congreso de los Diputados, llevó la representación de la Comisión de Fábricas, con la cual mantuvo siempre cordiales relaciones.

Vuelve Graell á la cuestión arancelaria y describe las zozobras que en los productores causaban las intenciones de los librecambis-

tas, más fuertes cada día y saturados de las ideas de la época, cuyas amenazas en la reforma arancelaria de 1847 fueron tan grandes que, en 1848, los fabricantes mismos llegaron á considerar su causa por perdida. Era realmente difícil armonizar intereses, tanto más cuanto los catalanes se encerraban en un prohibicionismo radical é intransigente, sin dar lugar siquiera á armonías ó transacciones, y sin hacerse cargo de la evolución de la época ni de la bondad de las teorías proteccionistas que muchos compartían ya.

No les valió la caída de Salamanca, decidido librecambista, ni los buenos ofrecimientos de Narváez, pues fué tan grande también esta vez la presión de los enemigos de la producción industrial, que sólo merced á una estratagema salvaronse en el arancel de 1849; confeccionado casi por sorpresa, pudieron salvar los tejidos más importantes del algodón; pero en cambio se levantó la prohibición de sesenta artículos en el arancel, lo cual equivale á un golpe durísimo á la prohibición. Sin embargo, los catalanes alcanzaron triunfo al conseguir la substitución de los derechos *ad valorem*

por otros genéricos, y sobre todo, al sostener las valoraciones altas, base de las tarifas.

Así como en los aranceles, este tiempo fué de reforma en el sistema tributario. Restablecióse desde 1835 la antigua tributación por cuotas y tarifas, y la Junta de Comercio fué la encargada de repartir y recaudar las cuotas según la capacidad y elementos de trabajo, lo cual ejecutó contra su voluntad, puesto que iba anexa á estas funciones, la de inspección y la del cobro de un impopular impuesto proporcional sobre alquileres, lo cual siempre pretendió la Junta fuese á cargo de la Administración del Estado, pero sin conseguirlo. No menos importantes fueron las reclamaciones contra los Municipios que tenían como principal fuente de ingresos los consumos, derechos muy crecidos sobre las primeras materias y sobre las piezas manufacturadas fuera de la ciudad, haciendo entonces, sobre estos puntos y sobre otros como p. e. la declaración de origen para la circulación, etc., graves y delicados problemas, fuente de reclamaciones para los fabricantes, y algunos de ellos no se han solucionado hoy todavía.

## — La Cuestión de la Moral Pública — en Cataluña y en el extranjero

Un libro de interés

### El alma de tu hijo, (Die Seele deines Kindes)

Un libro para los padres, por Heinrich Lhotzky

Trad. de Luis de Zulueta (1)

«Nunca es tarde cuando llega». Si este refrán es verdadero, ya nos dispensarán el traductor y el editor si hemos tardado más de un año en dar cuenta del libro que recibimos junto con su casi gemelo «*Nosotros los jóvenes*», de Hans Wegener, del cual hablamos en agosto del año pasado, ya que trabajos y ocupaciones, no por más premios más interesantes, nos habían impedido ocuparnos hasta hoy de una obra que, por cierto, encierra un contenido nada indiferente á nuestra atención.

¡*El alma de tu hijo!* ¡Qué misterioso aliento de vida y de eternidad contienen estas palabras! Al pronunciarlas se evoca toda la grandeza de la Generación, de la Paternidad, como que se significa la unión y dependencia del hombre con el otro hombre que ha salido de él mismo en la carne, pero que en espíritu ha salido del mismo seno de la eternidad. Se evoca, sobre todo, el código, natural y revelado, de amor y deber, de responsabilidades de toda clase, que con imperiosidad inexorable, —verdadero Dogma absoluto, indiscutible, eterno, — obliga al Hombre, al Padre, á convertir al ser débil, tierno y casi *en blanco* que aparece en sus brazos, en otro igual á él mismo, ó mejor que él mismo en lo posible. Y, sin embargo, ¡cuántos y cuántos no conocen ni se percatan siquiera de este aliento de eternidad, de este código inexorable, de esta unión y dependencia, de esta evocación de grandeza y de amor, y, al propio tiempo, de deberes

y de responsabilidad, que se produce al decir: ¡*El alma de tu hijo!*»

En el tren, unas mujeres admiran embeladas á un precioso niño de cuatro ó cinco años. El niño canturrea á media voz una copla callejera. — ¡*Ah!*— se dicen! — ¡*qué gracioso!* ¡*mira como canta...*! (aquí el nombre de la canción). — *Sí, sí;*— dice sonriendo la madre, una buena señora, mirando satisfecha á su hijo — *la sabe muy bien. ¡Y también se sabe de memoria la... y la...*! (dos canciones obscenas muy en boga) ¡*qué se cretan ustedes!* — Aquella buena madre no se ha percatado de que su hijo tiene un alma.

Recibo un documento para una encuesta en preparación; en él, un pedagogo denuncia indignado que muchos padres de familia — de familias acomodadas — dejan á sus hijos educarse al lado de las criadas domésticas, y calcúlese el efecto de semejante patronazgo. Estos padres de familia no han advertido que sus hijos poseen un alma.

El mismo autorizado documento relata que también muchísimos padres, que pasan por educados, no sólo acompañan á sus hijos al cinematógrafo, sino que les mandan allí solos, en compañía de los sirvientes, y aun los hay que aconsejan á sus niños asistir diariamente á dicho espectáculo. Los tales olvidan que sus hijos tienen un alma.

Otros hay que con una moral arbitraria y comodísima limitan su educación paternal á decir á los suyos: — *Mirad, hijos míos, por este camino está el Bien, por este otro el Mal. Escoged y arreglaos. Allá vosotros.* — Tampoco

(1) Un vol. de 256 pág. de 13 por 19 cms. — Daniel Jorro, editor. — Madrid, 1910. — Precio 2'50 ptas.

co éstos han percibido nunca el alma de sus hijos.

Una profesora religiosa lamentase amargamente de que la familia echa por tierra todo el edificio de construcción moral levantado con pena y trabajo en las niñas de la buena sociedad; que la indiferencia del padre y la incultura de la madre educa con más eficacia á sus hijos en la frivolidad, la banalidad, la superficialidad y la frialdad del alma, que sus maestras en la virtud. Las tales madres frívolas y los tales padres inferentes, ignoran el alma de sus hijos.

Y por concluir de una vez, son tantos los gérmenes destructivos que muchos padres comunican á su familia con su vida y con su filosofía de la vida, ó sea con ejemplo y con doctrina, que podemos afirmar que, en los momentos actuales, bien pocos padres tendrán una clara conciencia y una distinta responsabilidad de sus deberes para con el alma de sus hijos.

Y hoy, mayormente en nuestro país, donde la vida escolar es tan poco intensa, el hombre debe mucho más á su familia, á sus padres, que no á sus maestros. El muchacho indiferente, sale indiferente de la escuela religiosa; el que vive una vida llena de ideales, es porque sus padres tuvieron espíritu elevado; el religioso debe á su familia, no á la escuela, la religiosidad.

La escuela comunica la cultura, pero la familia la Moral, que vale mucho más que la cultura. Moral es el hábito del trabajo, del estudio, de la virtud, y todo esto es lo que *pone en valor* la educación material. Al que no traiga el pasaporte de una inclinación moral, la Escuela—hoy por hoy en nuestro país—no hará sino darle un baño de instrucción que no le servirá de nada en la vida.

La experiencia de los educadores en España confirma el que el maestro raras veces puede gloriarse de haber hecho triunfar un niño, un joven, reaccionando *contra* la moral de su familia. Por lo común, los maestros se ciñen sumisamente á la voluntad del padre de familia, y la ignorancia é incultura de éstos no sólo vicia á su hijo, sino que decide el aviciamiento de los de los demás.

Un amigo mío fué consultado por una comunidad dedicada á la enseñanza, sobre una reforma que con harta timidez intentaba. Decían: *los padres de familia quieren hacer de los niños practicones con sólo cuatro rudimentos y no comprenden las modernas finalidades de la enseñanza tecnológica.*—Pues hay que hacérselas comprender, dijo mi amigo, y lo primero, la base esencial, la primera palabra de la reforma, es: *la educación del padre de familia.*

El padre de familia, cuando ve reproducirse en su hijo sus propios defectos y cuando le contempla tomar las mismas ilusiones que á él le engañaron ó emprender los mismos caminos que causaron su fracaso ó estancamiento, halla muy natural esta repetición y se resigna á ella, sin nada hacer, creyéndolas el sello de la familia, ó los atributos de la edad juvenil. La frase *«hacer la juventud»*, más corruptora que toda la inmoralidad gráfica y literaria existente y que haya existido jamás, es un reflejo de esta mentalidad, es inventada por ciertos padres para disfrazar el fracaso de la educación moral de sus hijos. Oí una vez una madre referir que, cuando iba á reñir á sus hijos por alguna travesura infantil de mayor cuantía, se detenía y les dejaba al recordar que ella también lo había hecho en su niñez. ¡Qué absurdo, qué aberración, ó mejor, qué desconocimiento de su misión

maternal, y del tesoro espiritual del niño; este tesoro que está casi siempre en manos de sus padres aprovecharlo y centuplicarlo ó bien echarlo á perder!

Por todo esto, nos ha de ser sumamente grata una obra escrita para abrir los ojos de los padres y hacerles conscientes de lo que el hijo es á ellos, y de lo que ellos son y deben al hijo; un libro destinado que muchos padres *descubran* el alma de su hijo y contribuyan con toda la suya á vivificarla, formarla y hacerla útil á sí misma y á la sociedad; para convencerle al Padre de que el hijo debe ser *mejor* que él y educarle de modo que á su vez quiera que sus nietos sean *mejores* que él todavía.

La base del libro de Heinrich Lhotzky es el principio del acuerdo, de la compenetración íntima y cordial entre padre é hijo, y á la vez de la independencia del hijo. El padre debe ser el amigo y el colaborador del hijo, y entre uno y otro se establecen relaciones de confianza y comunidad de almas. Una nota al frente dice que se podría condensar en dos líneas el sentido del libro diciendo que es: *«Renuncia por parte de los padres á un derecho de propiedad sobre los hijos. Obediencia como medio. Libertad como fin»*. Con frecuencia las relaciones entre los dos términos tiene aire más bien fraternal. El padre asiste al espectáculo de la vida de su hijo, se complace en él, le ayuda y atiende con solicitud abierta, con voluntad expansiva.

Todo el texto está formado por una continuidad de aforismos dirigidos al Padre de familia, en cada fase, en cada punto del desarrollo de su hijo, escritos en forma apodíctica y con lenguaje ameno. Es el fruto de una cuidada observación y de una experiencia muy rica, y la gran claridad de la exposición con lo sencillo y afectuoso del texto, hacen de esta obra un libro esencialmente popular.

Lotzky cree con fe ardiente en el niño y en la gran fuerza que trae al mundo en el orden fisiológico como en el orden moral. De manera que su pedagogía estriba en el encauzamiento de las facultades anímicas del niño, á medida que van apareciendo á la superficie. Esta labor de encauzamiento convierte al libro en manantial de fórmulas empíricas una y científicas otras, no solo para la educación, sino también para cuidado de los niños en la vida práctica. Sus capítulos son *«el niño y la Naturaleza»*, *«el niño y sus padres»*, *«el niño y los cuidados físicos»*, *«el niño y el mundo»*, *«el niño y la ciencia»*, *«el niño y la religión»*. La simple enunciación demuestra el orden seguido por el autor al través del desarrollo natural y de la educación gradual del niño y su conocimiento progresivo del mundo. El niño es considerado en igualdad de dignidad al padre. Solamente que á éste corresponde dirigirle y acompañarle y ayudarle, porque es el más fuerte. Y esto obliga al padre á encontrar, y conquistar y poner en marcha al alma de su hijo para sí y para la sociedad.

Del lenguaje, método, estilo y utilidad, dará idea el apartado que transcribimos íntegro á continuación.

Muy bien está el libro de Lhotzky. Está lleno de buen sentido, su lectura aguza la observación y nutre de ideas sanas y fortificadoras, y es apto para hacer de sus lectores sinceros, de los que se compenetrarán con su *ritmo educativo*, padres conscientes, despiertos, sabedores de su responsabilidad y acrecentados en paternal amor. Pero á me-

didada que va avanzándose en la lectura, va notándose un vacío que se descubre con lamentable crudeza en el último capítulo. El libro de Lhotzky no está inscrito en Eternidad. Del alma del hijo, no se ve el principio ni el fin. No se sabe el *para qué* del hijo, ni el *de dónde*. (*«Lo que los hijos son no lo sabemos»*, y lo que sigue, pág. 133).

Y aquí está la gran laguna, el triste vacío de una obra tan interesante. Laguna, vacío, que se ponen tanto más de manifiesto cuanto más el autor—consciente de esta vaciedad—se afana por llenarla en el último capítulo *«El niño y la religión»*. Aquí cabe preguntar: ¿por qué ha escrito el autor este capítulo? Si se proponía escribir un conjunto de útiles enseñanzas, exponer una serie de verdades para la formación práctica y segura del hijo, á qué empeñarse en dar á todo esto una base teológica y trascendente que naturalmente tiene que improvisar?

Y es espectáculo lastimoso y consolador á la vez, contemplar los saltos desesperados en las tinieblas que da el autor en busca de un Dios que sea fin, ó principio, ó substancia, ó razón, en la obra del Hijo, un Dios, en una palabra, que intervenga, de un modo ú otro en el alma del hijo. Por un lado, entristece el afán desatentado de improvisar un Dios, de confeccionar una religión, á toda prisa, á lo *salga lo que saliere*, en una especie de angustia llena de anhelos, de dudas, de simbolizaciones, de deificaciones, de afirmaciones, de incertidumbres, de contradicciones, de negaciones de sublime ligereza, de confusiones y turbaciones desesperadas. Y por otro, consuela y alecciona la necesidad de Divinidad, de religión, de Dios, la *ley de eternidad* que en esta obra triunfa y se manifiesta en estas mismas convulsiones y anhelos y negaciones, de un espíritu que se debate en la obscuridad, pugnando por hallar *algo* que presiente y que sabe es necesario é indispensable para cimentar y coronar á la vez su plan de formación de los hijos, que es el plan de formación de los hombres.

*«Ningún hombre puede formarse una representación exacta de Dios. Todo, absolutamente todo cuanto se ha dicho acerca de Él, es falso»*... *«Piensa ahora en tí mismo, en tu propio «YO» como el punto que forma el vértice de un ángulo, representándote luego, á partir de tí, un «YO» que se va ensanchando infinitamente: llámale Dios»*... *«Tu amas á tu hijo y tu hijo te ama. ¡Pues mira, eso es Dios! ahí está la creencia divina»*... *«Cuando el niño cree en tí, de tí procede su infantil representación de lo divino. Lo entiende sin esfuerzo: Dios es padre, madre, padre y madre juntos»*... *«Aprende de tu hijo... á buscar nuevamente á Dios, á pensar en Dios»*. *«Deja que el mundo dispute acerca de si existe ó puede existir un reino de Dios. Tu lo tienes en casa, tu lo tienes en el alma de tu hijo»*.

Este avatar teísta, ó teófilo, no puede llenar nuestra alma, aunque esté bordado al margen de un vago cristianismo. En efecto, esta obra es dictada por el espíritu religioso, vago é indeciso de un cristianismo disuelto, pero del cual arrastra no pocas partículas en confusión, las cuales tienen todavía luz suficiente, sino para iluminar el todo, para resplandecer á veces como brillantes, en la obscuridad de una *ex-creencia*. Hay, es cierto, momentos felices, como por ejemplo, en la afortunada aplicación de la palabra de Cristo: *«Si no fuéreis como estos niños no entráreis en el reino de los cielos»*, pero el armazón religioso que el autor se empeña

en dar á su educación, es caótico, es como un torbellino, cuya eficacia educadora es cero. Esto, á lo más, puede satisfacer á un religioso á la prusiana, á un espíritu subjetivísimo que se contenta con llevar encima las nieblas del Norte, pero á un católico mediterráneo ha de encontrarlo confuso, turbio y diluido. No podemos creer que la religiosidad de Lhotzky haya satisfecho á D. Luis de Zulueta, el espiritual traductor cuya alma latina se habrá rebelado casi tanto como nosotros y preferirá lo concreto, lo objetivo, lo luminoso, y, sobre todo, lo analítico. Porque, además, y como es lógico, la religiosidad del libro que nos ocupa no resiste el más elemental análisis. En último resultado deploramos la falsa teología del libro, porque compromete seriamente la eficacia y el valor científico y práctico de una obra que es utilísima por su objeto y por la mayor parte de su desarrollo.

La traducción elegante, cuidadísima y perfecta. Da idea de haber sido escrita originalmente en castellano, y por ella cabe felicitar sinceramente á nuestro distinguido amigo, el ilustrado escritor varias veces nombrado.—R. R.

*(Del libro «El alma de tu hijo», por H. Lhotzky, traducido por Luis de Zulueta).*

## Deberes de los padres

Dos cosas has de ver con toda claridad, si quieres ocuparte en el alma de tu hijo. Es necesario que aprendáis á comprenderos mutuamente. Esto sólo es posible viviendo los dos en la misma esfera social.

Ya comprendes que es preciso que tu hijo crezca en el mismo plano en que tu estás colocado. Y si deseas para él otros caminos, procura que no descienda, sino que se eleve sobre tí. Obra de tal modo que, si alguna vez baja, no sea por culpa tuya.

Cuanto más elevada sea la esfera social en que te hallas, tanto mayor será en tu hijo el ansia de independencia. Por consiguiente, has de educarlo de tal modo que, á medida que vaya siendo mayor, logre en lo posible bastarse á sí mismo y no necesite á sus padres. Si continúa viviendo contigo, que sea de un modo libre y generoso. Su permanencia á tu lado será la sanción de lo que hayas hecho por el alma de tu hijo.

Las cosas habrán de pasar próximamente así: hacia los veinte años, poco más ó menos, porque no es posible una regla fija, debe tu hijo disponer de su propio destino. Tu, ya no has de ser para él más que un consejero, y aun es posible que renuncie á tus consejos y busque los de otros, por lo que no tendrás derecho á ofenderte. Todo depende de la cantidad de confianza que haya puesto en tí.

Esta cuestión está estrechamente unida á aquella otra de la obediencia, de que hablamos antes.

A los seis años, es preciso que esté ya resuelto el problema de la obediencia. Así nos quedarán luego otros catorce años para adquirir costumbres de libertad.

En esto hay que proceder de una manera lenta, pero en progresión siempre creciente. La libertad es un don de la confianza. Es la obediencia del niño lo que entonces se le devuelve, con intereses y todo. Sólo así nace el amor como fruto de la confianza mutua. Para el que ha vivido esto, la tierra no es un valle de lágrimas.

Durante estos catorce años debe el niño escoger su profesión, prepararse para ella, aprender á elegir sus amigos, saber apreciar dignamente al otro sexo y ponerse en

situación de ganarse la vida y administrar sus bienes. Es, pues, necesario, que haya tenido alguna experiencia en cosas de dinero, aunque el ensayo se haga en proporciones modestas.

Mucho hay que hacer, como se ve, en estos catorce años, muchas cosas que pondrán á prueba el amor paterno y le aproximarán al alma del niño. Entre la multitud de estas cosas, una habrá, por lo menos, que te dé este hermoso resultado, abriéndote camino por el que llegues á ganar la plena confianza de tu hijo.

Si lograste conquistar en seis años su obediencia, es seguro que no dejarás de obtener á los veinte su plena confianza, concedida de un modo espontáneo y libre. Si entonces no conseguiste esa obediencia, si, por consiguiente, no la conseguiste nunca, todavía te queda la ocasión de llegar á una cierta confianza. Pero no seas necio y no rompas la relación que aun queda de las dos almas, echándotelas de tirano.

Por lo que toca á la libertad y á la independencia, no ha de hacerse distinción entre los dos sexos. Bajo tu cuidado y dirección tu hijo ha de llegar á ser un hombre libre, y tu hija, una mujer libre en el más noble sentido de la palabra.

En otros tiempos, las hijas resultaban en este punto, enormemente perjudicadas. Los hijos tenían una amplia libertad de movimientos en lo material como en lo moral, en tanto que las hijas estaban sumamente atadas en ambos terrenos. No tenían más remedio que esperar á que se presentara un

hombre. Si éste venía, los dos sexos no dejaban de hallarse desde el principio en una situación desigual. A la mujer le era difícil sentirse realmente de la misma dignidad que el hombre. Si el hombre no venía, se convertía aquélla en una solterona ignorante y amargada, de la que, además, todo el mundo hacía burla. Infinito ha tenido que sufrir la mujer cuando le faltaba la protección de un hombre. ¿Quién la condenó á este sufrimiento? ¡El amor paterno!... ¡Pobres hijas!

De tal modo ha de educarse tu hija, que su suerte sea independiente del matrimonio. La mujer que se casa, debe entregarse de un modo libre y digno, lo que no es posible cuando no se hace con toda el alma. Jamás debe degradarse el matrimonio convirtiéndose en una especie de mal menor, en un refugio contra la tiranía paterna. El matrimonio no es nunca una cosa insignificante. Pero cuando éste no constituye el fin de sí mismo, es, desde el principio, una cosa equivocada.

Hijos é hijas son espíritus, aunque diferentes, de valor enteramente igual. Hay derecho á darles, por consiguiente, una educación distinta; pero no hay derecho á dársela á los unos superior, y á las otras inferior. Los dos sexos han de ser educados para la libertad y para la independencia.

Si has de servir al alma de tu hijo, cumple este deber paterno: prepárale á bastarse á sí mismo, hacia los veinte años, por lo menos en la misma posición social en que tu te encuentres. Esta es la primera de las dos cosas de que te hablé antes. Este es el primero de tus deberes.

# La Semana

SUPRIMIDO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

de nuestro artículo), y ciñéndonos á lo que realmente escribimos y pensamos, hemos de insistir en nuestra apreciación, demostrando que, á nuestro juicio, no debía darse á dichos insultos la categoría de ofensa nacional que se le ha dado ahora.

Lamentamos que nuestro colega no atienda más que á la materialidad de la ofensa sin hacer atención á la calidad y significación del ofensor. Un insulto á Cataluña en labios de un profesor de la talla de Unamuno, sería una cosa terrible que debería levantar á Cataluña entera, *si Unamuno insultase*, lo cual no hecho nunca el insigne profesor, pero no vale á presentar como términos de una misma ponderación *la censura*—ataque razonado—de un Unamuno con la grosera *maldición de gitano* de un escritor aventurero y hampón, cuyo cerebro nada pesa y nada significa. ¿Qué pierde Cataluña con que un reportero hambriento ó un repartidor de diarios de la corte nos insulte y escupa? Las bravatas de un rufián no las contesta ni aquí ni en ninguna parte del mundo más que quien vive ó piensa al nivel del ofensor, y por esto nos duele que un diario serio quiera descender al nivel de un chulo. Nada significan, ninguna aplicación tienen para el caso P. de A. los ejemplos que el diario local aduce, todos los cuales pertenecen á estados agudos de rivalidad entre naciones. Y, aun así, si sería insensato negar el derecho de protesta cuando la tensión de ánimo hace exasperar los nervios y saltar el corazón ante el más ténue insulto salido de una nación y pueblo, ó región adversaria, no sería menos insensato arrojar en pos de este derecho desconociendo la virtud de la Prudencia. A propósito de esto, el ilustrado lector de periódicos extranjeros que ha escrito el artículo en nuestro colega, se habrá enterado del gran comedimiento y serenidad de los periódicos franceses ante el gravísimo insulto hecho por unos oficiales alemanes al pabellón tricolor, creo que en Aix-les-Bains. ¡Y vive Dios que este sí que era *casus belli*! Por mucho menos estalló la guerra de 1870.

¿Qué tiene que ver la antipatía entre franceses y alemanes, entre cheques y alemanes, y la histórica entre franceses é ingleses—promovedora de aquel famoso caso de *Le Rire*, en aquella época pródiga en incidentes de esta clase, ó sea en tiempo de la guerra anglo-boer? ¿qué tienen que ver esos seculares odios internacionales con un insulto dirigido, en tiempo de paz y de cordialidad, y de buenas relaciones y de armonía entre Cataluña y el resto de España, por un aventurero madrileño sin opinión á su lado, sin fuerza política ni popular que por él responda ni que de él se haga solidaria?

¿Y qué tiene que ver la situación pacífica actual de Cataluña con el *estado de guerra* de cuando lo del «Memorial de agravios», cuando las grandes campañas librecambistas en favor del tratado con Inglaterra suscitaban contra nuestra región la animadversión de todo el centralismo liberal; ni siquiera con el estado de tensión de hace pocos años, en que menudeaban los incidentes, y las menores alusiones parecían enormes vituperios que clamaban venganza al Cielo? ¡Si la historia bélica del Catalanismo es un tejido de protestas contra insultos periodísticos reales ó supuestos y viceversa! Pero entonces cada palabra, cada alusión, cada arañazo tenía un valor representativo y no se protestaba de la materialidad del agravio, sino en son de guerra contra el estado de opinión hostil que había detrás.

¿Y qué tiene que ver, finalmente, una pro-

testa contra Gabriel Alomar, figura de primera línea y de gran representación en la espiritualidad catalana (y somos nosotros, los que le hemos combatido, los que lo reconocemos) y cuyas palabras vistas desde Madrid pesan proporcionalmente las de un Unamuno desde Barcelona, con una protesta contra el último mono recién llegado,—con harta mala suerte,—á las cacharrerías madrileñas?

Meditemos serenamente y, veremos que no son aquellos afortunadamente el caso actual. Pero como que los estados de opinión cuando no existen pueden fácilmente provocarse, entonces á nuestra lamentación contra la exagerada beligerancia otorgada á un escritor-zuelo cualquiera, que no busca sino oportunidades de hacerse el reclamo y al cual esta ocasión habrá venido á las mil maravillas para darse á conocer,—en bien ó en mal ¿qué le importa?—de toda Cataluña, á nuestra lamentación, repito, uniremos nuestra disconformidad en cuanto este «cultivo de susceptibilidades» populares á que nuestro colega con su protesta á grandes gritos se ha dedicado, obedezca al objeto de excitar pasiones dormidas y volvemos á desagradables tiempos. El colega dirá si le conviene agitar ó no ciertas pasiones que habíamos convenido en definir como nocivas: nosotros lo consideramos perjudicial y calamitoso para Cataluña y para España.

\* \* \*

Nosotros, no quisimos suponer en el colega intenciones perturbadoras de la conciencia pública y de las pasiones, y preferimos atribuirle un cierto candor de espíritu sencillo que no ha aprendido todavía la virtud sagrada del Estoicismo—que desprecia el insulto vulgar plebeyo y rastrero y no hace caso del aullido del viento, de los ladridos de los perros, ni de las palabras de los necios, ni de las injurias de los tunantes de oficio, virtud civilísima, útil á los individuos como á los pueblos, pero que sólo se aloja en los individuos fuertes y en los pueblos fuertes y seguros de sí mismos. Y llamamos á la ausencia de estoicismo civil, *provincianismo*, es decir defecto de pueblos débiles y de espíritus débiles, temerosos, desconfiados y celosos. Ya que nos hizo el efecto, aproximadamente, que nos hubiera hecho ver una protesta de Carabanchel de Abajo, porque el Madrileño, el Superhombre, el tipo y centro y eje de su civilización, no apreciaba como es debido el donaire y buen garbo de sus mujeres. Comprensible es, en efecto, el dolor y la desesperación de un habitante de Belchite ó del Berrocal de Arriba ante una condena tal de la pureza de sus mostos ó del palmito de sus muchachas. ¿Qué esperanza le queda, al pobre, después de que el madrileño, su amo y señor, le desprecia, y le insulta por añadidura?

Pero Cataluña y Barcelona deben estar por encima de este provincianismo. ¿Es que no debemos concentrar todos nuestros esfuerzos, todo nuestro trabajo en bastarnos á nosotros mismos y en no reconocer otros jueces supremos de nuestras cosas, sino nosotros mismos? Vamos á ver: analicemos los dos criterios en pugna uno junto á otro ¿quién es más auténticamente civil y por ende menos provinciano, el que seguro del mérito, ó del valor,—poco ó mucho—de lo suyo,—en este caso, de sus mujeres. de su lenguaje y de sus producciones—escucha como quien oye llover los ridículos y estólidios dicitos de un quidam mal afamado, ó bien el que chilla y se desespera y pone el

### El Provincianismo y los insultos

El diario á que principalmente aludíamos en nuestro escrito «*De capitalidad*», invitando á reflexionar sobre la cantidad de provincianismo zaherido que pudiera haber en el fondo de la indignación provocada por unos insultos estúpidos dirigidos á Cataluña por un escritor madrileño de menor cuantía, ha publicado hace pocos días un artículo protestando de nuestra *invitación á la reflexión*, reivindicando el derecho y la libertad á no tolerar silenciosamente dichos ultrajes, y diciendo que nuestro criterio constituye un caso de provincianismo.

Dejando á un lado la deformación que nuestra idea ha sufrido al ser leída por el redactor de nuestro colega y las imaginarias derivaciones que da á nuestras palabras, («El protestar de los insultos, no más se ve en Barcelona. En el extranjero no se recogen los insultos»... cosas que no hemos escrito ni querido expresar en forma alguna, ni las hemos pensado nunca, ni fué este el sentido

grito en el cielo porque exige que lo admiren y acaten hasta los golfos y los zingaros que pasan por la calle?

Voy á hacer una concesión á nuestro colega. Yo no digo tampoco que á un gozque importuno no pueda dársele también un puntapié bien aplicado. Pero no más que un puntapié. *Cuatro líneas en segunda página*, eran más que suficientes, y en lugar de exclamar en tono lastimero como un Jeremías lugareño ó un chiquillo de la escuela: «¡el Sr. P. A. nos dice que somos unos... y unos...!» concentrar en una sola y certera estocada toda la insuperable maestría sarcástica y satírica que nosotros reconocemos y admiramos en algunos de las jóvenes é ilustrados redactores de nuestro colega.

Porque, vamos á cuentas; el articulista sostiene que es cuestión de dignidad y de conciencia protestar é indignarse delante de los insultos odiosos de un Sr. P. A., y que en cambio no hay que hacerlo cuando es Unamuno el que nos combate. Ya he dicho más arriba que no hay que confundir la categoría de las censuras con la categoría de los insultos; pero resulta francamente muy poco glorioso—colocándonos en el plano de nuestro colega,—resignarse á echar grandes protestas y vehementes imprecaciones de odio solo cuando el que nos ataca no es más que un insignificante golfillo de las letras y en cambio callarse ó agacharse mansamente cuando es un gran maestro el que truena. ¿No es esta situación una confesión de debilidad? Por el contrario, nosotros somos de opinión de no hacer caso de un golfillo, pero encararnos si es preciso, ante el coloso, con todo el comedimiento y respeto, pero en todo el valor de nuestras ideas, la fuerza de nuestras convicciones y sentimientos si encontramos que el coloso no nos hace justicia. Porque el coloso no pertenece á Madrid, no pertenece á España solamente, pertenece al mundo. Y sus palabras tienen valor en cambio, en la cultura universal.

\*\*\*

Creemos haber razonado suficientemente nuestra opinión, pero antes de concluir, hemos de llamar la atención al autor de «*Uncas de provincianismo*» sobre el método, que creíamos ya desterrado y desacreditado en las contiendas periodísticas, de atacarnos por la misma causa que él se ve atacado.

Nosotros temimos ver en la actitud del diario algo de espíritu provinciano. Si el interesado no lo creía así, no existe razón alguna para que su contestación se ciña á decir que los provincianos somos nosotros. ¿Es que la dialéctica periodística no ha progresado desde el viejo y simple procedimiento: ¡«más lo eres tú!»? Esto es siempre poco estético, y además, al devolvernos á nosotros la definición, es absolutamente injusto.

No es exacto que provincianismo sea el señalar á diestro y siniestro defectos locales y citar como contraste lo que sucede fuera. Decir *espíritu de provincia* no se comprende sino con relación á un Centro, á una Metrópoli. El citar con frecuencia ejemplos extranjeros y contraponerlos á defectos nuestros es un procedimiento que puede tener dos valores según sea la motivación. Si el ejemplo á imitar se propone como *estímulo*, como *lección*, como *mejora* posible, no se hace más que utilizar la naturalísima facultad que tiene el hombre de aprender de todo hombre, y todo pueblo de aprender de todo otro pueblo. Y si esta función se practica con espíritu ecléctico, ó sea no ciñéndose á un sólo hombre ni á un sólo pueblo como modelo

fijo, sino tomando de todos los pueblos lo que se juzga por mejor ó más provechoso, en esto consiste precisamente uno de los grandes resortes no ya sólo de la civilización, sino de la vida progresiva de la humanidad, ya que es indiscutible que los hombres y los pueblos se enseñan unos á otros. Y el decir, «*fuera de aquí esto no pasa*», si obedece á motivación de mejora, de progreso real, y se pretende provocar eficazmente algún cambio en los usos, costumbres, espíritu ó solamente en el utillaje, ¿quién se atreverá seriamente á discutir el derecho *humanísimo* de hallar mejor algo ajeno y proponerlo como ventajoso á los propios? ¡Si precisamente toda la literatura que se llama á sí misma izquierdista, progresista y europeísta no hace otra cosa! Si está siempre con los ojos fijos en el extranjero (¿para qué leer la prensa extranjera, si nada bueno, si nada á proponer, si nada á imitar se halla en ella?) ¡y á cada paso y á cada momento proponer las excelencias de determinados procedimientos, ideas, espíritu, etc. por cuya implantación se suspira! ¡Y vive Dios! que esta sumisión á lo extranjero es mucho más, infinitamente más declarada en los que se dicen á sí mismos *européistas*, que en los demás. Puesto que los que no se nombran así es porque todavía hallan en sí mismos algo bueno, *algo superior* á lo extranjero; y ese algo es el elemento *tradicional*, de nuestro pueblo, que el europeísta profesional no reconoce.

Claro está que si la admiración frecuente de lo extranjero obedece á sistema, á temperamento, y no supone motivación de mejora sino espíritu quisquilloso y de burgués bilioso buscador de su comodidad,—aunque tampoco pudiera ser tildado este caso de provincianismo (¿provincianismo de donde? ¿de qué Centro? ¿de qué Capital?... Y no vale pronunciar aquí: *provincianismo del Extranjero*, porque implícitamente se nombraría al *provincianismo de Europa!*)—entonces sí que sería vituperable é incivil aquel prurito gruñón, egoísta, ineducador é ineficaz.

No creo que el articulista cometa la enorme injusticia de clasificarnos en esta segunda variedad. Pero en cuanto á la primera, si reivindicamos nuestro perfecto derecho de denunciar los defectos de nuestro país y señalar soluciones, caminos á seguir, virtudes á imitar, donde quiera que los encontremos, lo mismo en Francia que en Alemania, lo mismo en América que en Madrid, lo mismo en Italia que en tierra de moros,—porque si percibimos en tierra de moros algo

bueno, algún hábito ó costumbre que interpretada europeamente pueda ser beneficioso para nuestro país, no vacilaremos en señalarlo á admiración y proponerlo á ejemplo, porque profesamos un sólo odio: el de los exclusivismos. Díganos, pues, el articulista, ¿alrededor de qué Centro gira nuestro su puesto provincianismo? Si el que escribe estas líneas, al cual se alude echándole maliciosamente á la cabeza las palabras *conciencia moral* que cierran el final del artículo que nos contradice, precisamente ha sentido en la campaña de *dignificación de dicha conciencia moral* la conclusión, basada experimentalmente, de que CATALUÑA ES EL PUEBLO MÁS MORAL DEL MUNDO, y si en el artículo de marras señalaba, *por referencia*, la Magnanimidad como probablemente UNICA CUALIDAD BUENA DE MADRID, confiese el articulista, si es sincero, que ó la palabra provinciano no tiene sentido ó no es provincianismo su caso.

Creemos más conveniente elaborar virtudes y solidez de ánimo y fortaleza interna y consistencia y serenidad de criterio, que no dedicarse á sembrar y cultivar irritaciones, sensibilidades, susceptibilidades, recelos, desconfianzas y otras mil excitaciones de índole violenta, so pretexto de un mal entendido culto á la Dignidad del Individuo ó del pueblo. Y téngase presente que este culto de la Dignidad—que para precisar el acento podríamos decir «*de la Dignidad*» (en catalán «*la Dig-n-itat*»)—llega si tanto se extrema á engendrar profesionales, á crear la clase social de *mantenedores de la propia dignidad*. No son otra cosa los radicalismos, en el terreno político, no es otra cosa el *individualismo armado*, no son otra cosa, en el terreno social, tipos como los del «*chulo*» y del «*pinxo*», en los cuales, según sabe todo el mundo, el sentimiento de la *Dignidad* está exacerbadísimo.

Sobre aquel complejo é interesante punto, de la magnanimidad de Madrid—ó para hablar con más precisión—de la *cortesía madrileña*, insistiré más extensamente y detallada otro día, porque hay mucho que hablar y mucho que aprender. Y claro está que sólo hallaremos *enseñanza* en donde exista verdaderamente *lección*. Por lo demás, rogamus al articulista no mida de un modo absoluto el concepto de superioridad ó inferioridad definitiva de un pueblo respecto á otro, por la momentánea posición del aleccionamiento. Si ocasionalmente y en un punto concreto nos ponemos á aprender de Madrid, que, al fin y al cabo, lleva cuatro siglos de Corte Real, no olvidamos tampoco

## — GRAN BALNEARIO DE ESPLUGA DE FRANCOLÍ —

Estación de Ferrocarril — Provincia de Tarragona — Cerca del célebre «Monasterio de Poblet»

Agua Ferrosa Bicarbonatada Radioactiva, cura la Cloroanemia, Debilidad general, Dispepsias Atónicas, etc., siedo soberana para facilitar el desarrollo de las jóvenes.

HOTEL VILLA ENGRACIA  
DE PRIMER ORDEN

ABIERTO HASTA FIN DE SEPTIEMBRE

CHALETS AMUEBLADOS  
DE TODOS PRECIOS



BAÑOS

HIDROTERAPIA

MAGNÍFICAS EXCURSIONES

ILUMINACIÓN ELÉCTRICA

Informes y alquiler de Chalets en Barcelona, calle del Bruch, 114, pral. - Teléfono núm. 3782

lo que los Romanos triunfadores aprendieron de los Griegos vencidos y decadentes. Huelga, por lo tanto, toda aplicación de Provincianismo.

Pero, sobre todo, ¡Santo Dios! no se asuste el colega, de nuestro «provinciano intento de restringir la amplísima libertad de la crítica» (textual). Si en el exponer modesta y pacíficamente y con términos comedidos una opinión distinta de la suya se ve una amenaza contra la libertad intelectual, cabe pensar si el hábito de la protesta habrá producido en nuestro colega una cierta monomanía persecutoria. ¡Y qué susceptible, delicada y quebradiza tiene la idea de la Libertad! Por un poco más llama al arma contra nosotros en defensa de los Derechos del Hombre!—Pero lo gracioso, es que uno se pregunta: ¿y á qué se llama crítica en este caso? ¿A reproducir y acotar con exclamaciones lamentatorias un estúpido libelo poco menos que recogido del arroyo? Ni siquiera una línea de refutación hay en las palabras con que el diario aludido protesta contra la injuria. Y realmente no hay para qué, y esto nos da la razón á nosotros, puesto que no cabe refutación á un impropio gitanesco. Pero reivindicar la libertad de la crítica, para recoger semejante bajumbra, ¡esto sí que «no pasa en ninguna otra parte»!

\*\*\*

Acaso alguien nos reproche el andar en discusiones y debates con diarios y con escritores que son, al fin y al cabo, amigos y hermanos en ideal catalán y en aspiraciones nacionales, ante un insulto venido de fuera y que á ambos por igual nos hiera. En realidad no nos hiera por igual, pues á nosotros sólo nos produce desdén lo que al diario aludido le produce indignación y protesta. Y como creemos que esta indignación, esta protesta, son casi siempre producto del virus individualista que corrompe nuestra sangre, por esto no desperdiciamos esta ocasión de intervenir con nuestra modestísima propaganda de valores éticos, ya que confiamos mucho más, para la reconstrucción de Cataluña, en la eficacia de la reflexión y de la elaboración de virtudes individuales y colectivas que en las protestas siempre estériles, huecas, efímeras é ineducadoras.—R.

### Una Cátedra de Agricultura en Tarragona

La Diputación provincial de Tarragona, estimulada por la influencia benéfica de la obra cultural barcelonesa y deseosa de contribuir á la edificación nacional, atendiendo á las necesidades reales del país, acordó, en agosto pasado, crear una cátedra ambulante de agricultura para difundir entre las

clases labradoras los modernos conocimientos de la agricultura científica y las experiencias prácticas garantizadas por el éxito en los países más avanzados.

El iniciador de la Cátedra ha sido el distinguido diputado D. José Mestres, representante de la Diputación tarragonense en la Asamblea de la Mancomunidad, juntamente con los Sres. Cavallé y Folch, y el propio iniciador ha sido encargado de los trabajos de organización, á cuyo fin ha convocado una información general á la que se ha invitado especialmente á los Ayuntamientos y corporaciones agrícolas, así como á los técnicos y á los entendi-

dos en esta materia, para que concreten lo que debe ser una Cátedra Agrícola en la provincia de Tarragona, el funcionamiento y organización que debe poseer y los medios más adecuados para su desarrollo y eficacia. Esta información queda abierta por todo este mes de septiembre.

Es merecedora de plácemes la Diputación de Tarragona, así como el benemérito señor Mestres, y deseamos de veras sea pronto un hecho dicha utilísima cátedra, que será la segunda de su clase en Cataluña, ya que la primera es la *Cátedra Pere Grau*, fundada por P. G. Maristany y agregada á los *Estudios Universitarios Catalans*.

# La Prensa Catalana

## Nuestro imperialismo y nuestra lengua

### Sobre el imperialismo catalán

La Publicidad. —(De MIGUEL DE UNAMUNO).

Luis de Zulueta ve ciertas analogías de temperamento y de tonalidad entre Grandmontagne y yo, y acaso no ve mal. Parece atribuirlo á que nos cree á ambos vascos. Yo lo soy, en efecto, por todos sesenta y ocho costados, de casta, de nacimiento, de afecto. Grandmontagne, hijo de francés y de guipuzcoana, nació en la provincia de Burgos y creo vivió, siendo niño, en Fuenterrabía. Cuando vivía en América, acentuaba su vasquismo; ahora que vive en España y en San Sebastián, acentúa su castellanismismo.

Dejo de lado los elogios que de mí hace Zulueta, porque entra en ellos por mucho la amistad que nos profesamos. Pero sí recogeré aquello de que «como el amigo que amonestaba, fui á acometer el catalanismo «cara á cara en Barcelona». Así es, y estoy dispuesto á repetirlo y á remacharlo.

Zulueta opone lo que yo allí dije á los catalanes y lo que les he repetido, á lo que les dice Grandmontagne. Mi prédica fué la misma que fué á mis paisanos los vascos de Bilbao—aunque éstos, por el pronto al menos, no quisieron entenderla—y es que se dejen de regionalismos de concentración y de exclusiones, que se salgan de sí, que intenten imponer á los demás pueblos españoles su ideal de vida, que se esfuercen por ejercer una hegemonía espiritual sobre el resto de España». Muy bien condensa y refleja mi pensamiento el amigo Zulueta, cuando escribe: «Nada de instintos recelosos, defensivos, cobardes y egoístas; nos decía. Imposición y no aislamiento; nos predicaba. El

que se sienta el hermano mayor, no debe abandonar la casa común, sino gobernarla para bien de todos. No os recluyáis; expansionaos; nos repetía. Catalanizad, si podéis, á España entera. Sólo el que pierde su alma la salvará, según reza el Evangelio». Exacto, exactísimo, excepto esta última frase evangélica que en rigor reza: «el que quiera salvar su alma, la perderá», lo cual varía.

Y añade Zulueta, que esas mis palabras les confortaron. Por lo menos quiero creer que corroboraron á muchos como Zulueta en nobles propósitos. Y se dispusieron, dice, á llevar la buena nueva de su renacimiento por todas las tierras ibéricas, esperando que unas más pronto, y otras más tarde, respondieran á ella. «Seremos—escribe—el núcleo de condensación de las energías dispersas, la levadura de la nueva España regenerada».

Pero he aquí, agrega, que se presenta otro consejero, Grandmontagne, y les dice que es inútil, que la hegemonía castellana es definitiva, que la impuso el descubrimiento y conquista de América. Y dice Zulueta: «¿Qué vamos á hacer que no contraríe á Unamuno ni á Grandmontagne, al Evangelio ni al Océano Atlántico?»

Aparte de que es cosa de muy poca monta el que Grandmontagne y yo quedemos contrariados, por mi parte me ratifico en cuanto tengo dicho y escrito al respecto.

Yo no creo, como parece creer Grandmontagne, que el pueblo catalán es un pueblo prosaico, utilitarista y mezquinamente práctico; yo no le creo un pueblo de buhoneros. Creo más bien, con Zulueta, que «el catalán,

MOSAICOS												E		F		ESCOFET & C											
Ronda				San				Pedre				8.				Barcelona											
Mármoles				Piedras				Maderas				Construcción				Decoración											

Joaquín Montaner

## Sonetos

## y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs. — Dos Ptas.  
J. Horta, Impresor.—Barcelona, 1911

y, sobre todo, el barcelonés moderno, es un tipo fundamentalmente idealista, poético, sentimental; un poco infantil, hablador y aparatoso, como los franceses del Mediodía, que tanto han contribuido y contribuyen, sin embargo, á la más alta exposición del generoso espíritu francés».

Y por creer al pueblo catalán un pueblo, aunque algo infantil, hablador y aparatoso, fundamentalmente idealista, poético y sentimental, por eso le prediqué mi Evangelio de la imposición. Es el nervio de mi ética social esto del esfuerzo por imponerse unos á los otros los hombres y los pueblos, es el nervio de la ética quijotesca. Cada cual debe pelear por sellar á los demás con su sello, por llevar su espíritu á los espíritus de los demás. Es lo que vengo haciendo y es lo que Maeztu llama mi egotismo. Lo será, pero es el modo de matar el egoísmo. El mejor medio de librarse del yo mezquino, es tratar de transmitirlo á otros. Y creo que nada puede ayudar más al completo resurgimiento de España—que está de hecho resurgiendo—que esto que los gallegos trabajen por galleguizarla, nosotros los vascos por vasconizarla, por castellanizarla los castellanos, por catalanizarla los catalanes, y así los demás.

Por lo que hace á lo definitivo de la hegemonía castellana, en una cosa estoy conforme con Grandmontagne, y es en lo definitivo de la hegemonía de la lengua castellana, hoy española. Esto sí que es un hecho histórico definitivo. Castilla ha dado, no ya á España, á veinte naciones más (incluyo Puerto Rico y Filipinas) su lengua, la lengua española, que es hoy una lengua internacional, que llegará á ser la segunda, tal vez la primera del mundo.

Yo quiero, y lo quiero con toda mi alma de español, que mis paisanos los vascos traten de vasconizar á España y que traten de catalanizarla los catalanes; pero unos y otros tendrán que hacerlo «en castellano». Esta es la clave de la cosa. No se puede vasconizar á España en vascuence—lengua afortunadamente para nosotros los vascos, en la agonía—ni se puede catalanizarla en catalán, lengua llamada también á morir antes, mucho antes que el castellano.

La labor misma de catalanización que Zulueta hace, la hace en castellano, y en muy claro, puro y neto castellano. Y en castellano catalanizan en España Maragall, Oliver y el mismo Cambó. Maragall, el excelso poeta en catalán, ha hecho en castellano lo más, y yo creo que lo mejor de su labor de publicista político. Y en un castellano muy fogoso.

Hay que deshacer ese necio prejuicio de los ridículos casticistas de que los catalanes no han escrito bien el castellano. Es una de tantas tonterías con que los puristas ponen chinas á la conversión del castellano en lengua hispano-americana. Estos grotescos sacerdotes del casticismo más ó menos arcaizante, perjudican más al final reconocimiento y homenaje de todos á la huelga hispano-americana que los cultivadores y galvanizadores de lenguas regionales moribundas ó decadentes, aun á pesar de engañosos y falaces renacimientos.

Que se haga imperialista el catalanismo, ojalá. Cuanto antes mejor. Que traten los catalanes de imponernos su ideal de vida civil, pero en castellano, en lengua hispano-americana. Los demás perderán el tiempo. Y digo más, aunque muchos de ellos me lo tomen á paradoja: sólo en castellano acabarán por cobrar entera y perfecta conciencia

de sí mismos; sólo en castellano, y cuando todos los catalanes lo tengan como lengua propia, descubrirá Cataluña lo más hondo y más recóndito de sus entrañas. En francés, más que en provenzal, se ha revelado al mundo y á Provenza misma el alma de ésta; en inglés y no en su vieja lengua céltica el alma de Escocia.

Esfuércense por catalanizar á España y á Cataluña misma los catalanes, pero en la lengua en que escribieron—y la escribieron muy bien—Boscán, Capmany, Balmes, Pí y Margall, Milá y Fontanals, Piferrer... en la lengua que escribe Zulueta. Y si quieren hablar mal de España; que no lo quieren. Mientras se habla mal de España en español todo va bien, porque queriendo ó sin querer se habla mal de España filialmente.

Lo que nos ha perjudicado, lo que ha hecho mal á España, en América sobre todo, no son las perrerías que contra ella hayan proferido en español españoles ó americanos; son las insidias, las mentiras, las patrañas, las calumnias que contra ella se han vertido en otras lenguas y por hijos de otras naciones que hablaban de España sin conocerla. Y la calumniaban por envidia.

Sí, así como suena; por envidia, por envidia, por envidia. ¿Es que se envidia á España—dirá al leer esto, sonriéndose, cualquier barbilindo. Sí, se la envidia. Los desdenes son más aparentes que reales. Y esa envidia es, en parte, retrospectiva; se envidia á España lo que fué en los siglos XVI y XVII y lo que entonces hizo, pero se le envidia su porvenir, se le envidia la imperial expansión de su verbo. Se le envidia el que hay setenta millones de hombres desparramados por veinte naciones en una gran extensión del planeta, los que pueden leer á Cervantes, á Calderón, á Fray Luis, en su lengua, se le envidia el público que llegarán á tener sus publicistas, porque esos setenta millones doblarán, triplicarán, se multiplicarán.

¿Quieren los catalanes dar su espíritu, difundirlo? Viértanlo en castellano. Déjense de la ridículísima ridiculez de traducir á Balmes al catalán—que es algo así como traducir Bulke al irlandés ó Renan al bretón—y tradúzcanse al castellano. Esfuércense por catalanizar á España y á Cataluña, pero en español. En español—que era su lengua materna—predicó Sabino Arana el bizkaitarenismo, en español cantan las excelencias del vascuence muchos vascos que no lo saben (es decir, que no saben vascuence).

Esto es lo definitivo, amigo Zulueta.

MIGUEL DE UNAMUNO

### Las lenguas románicas

## La educación popular y el "patois"

Hace un año, durante el ocio de espíritu de nuestras vacaciones parlamentarias, discutí la tesis de los que creen poder resucitar en Francia una civilización meridional autónoma y hacer de la lengua y de la literatura del Lenguadoc y de la Provenza un gran instrumento de cultura. Declaré, me parece, que hay en esto algo de quimera, que la lengua y la literatura de la Francia eran y serían cada vez más para todos los franceses, el medio esencial de civilización: que por ahora y entre tanto la empresa meridional no tiene el carácter *popular* y es-

pontáneo que se afectaba ver en ella; que ahora en mucha parte, la obra premeditada de burgueses cultos, penetrados de las letras clásicas y que habían encontrado y reanimado, por erudición tanto como por inspiración, fuentes durante largo tiempo dormidas; añadí que la creación literaria de estos hombres era con frecuencia refinada, más ancha y virgiliana, pero delicadísima, con Mistral; vigorosa y ardiente pero de fuerte tradición pagana con Fourés; amorosa viva y apasionada, perode rasgo y de recuerdo helénico con Aubanell; y que solamente aquellos que conocían los grandes caminos trillados del Parnaso y del Olimpo podían gozar todo el encanto de aquellos recintos sinuosos de la poesía meridional que corren formando festones á lo largo de las carreteras gloriosas.

Pero decía yo también con una fuerza de convicción que no hace sino crecer, que este movimiento del genio meridional podía ser utilizado por la cultura del pueblo del Mediodía ¿Por qué no aprovechar el hecho de que la mayor parte de los niños de nuestras escuelas conocen y hablan todavía lo que se designa con nombre grosero, el «*patois*»? Esto no sería descuidar el francés: sería, al contrario, aprenderlo mejor, al compararlo familiarmente en su vocabulario, en su sintaxis, en sus medios de expresión, con el lenguadociano y el provenzal. Esto sería, para el pueblo de la Francia del Mediodía el tema del estudio lingüístico más vivo, más familiar, más fecundo para el espíritu. Así se ejercería esta facultad de comparación y de discernimiento, éste hábito de apreciar entre dos objetos vecinos las semejanzas y las diferencias, que es el fondo mismo de la inteligencia. Así, también, el pueblo de nuestra Francia meridional (tendría un sentimiento más directo, más íntimo, más popular de nuestros orígenes latinos. Aun sin aprender el latín se encontraría conducido, por la comparación sistemática del francés y del lenguadociano ó del provenzal, á entrever, á reconocer el fondo común de latinidad de donde emanan el dialecto del Norte y el dialecto del Mediodía. Siglos de historia se iluminarían en él, é inclinado sobre este abismo, escucharía el murmullo lejano de los lejanos manantiales. Y todo aquello que da grandeza á la vida, es un gran bien. Y también el sentido del misterio, que es en gran parte el sentido de la poesía, se despierta dentro del alma. Y ésta recibe una doble y grandiosa lección de tradición y de revolución, pues tiene, en esto tan prodigioso y á la vez tan familiar que es el lenguaje, la revelación de que todo subsiste y todo se transforma. La lengua de Roma ha desaparecido, pero se conserva hasta en el *patois* de nuestros labradores, como si sus pobres cabañas estuviesen construídas con las piedras de los palacios romanos.

Al mismo tiempo, lo que se llama *patois*, quedaría levantado y como magnificado. Sería fácil á los educadores, á los maestros de nuestras escuelas, demostrar cómo en los siglos XII y XIII el dialecto del Mediodía era un noble lenguaje de cortesía, de poesía y de arte; cómo ha perdido el gobierno de los espíritus por la supremacía política de la Francia del Norte; ¡pero qué maravillosas energías subsisten en él! Es una de las ramas de este árbol magnífico que cubre con sus rumorosas hojas la Europa del sol: Italia, España, Portugal. Aquellos que conociesen bien nuestro lenguadociano y supiesen por algunos ejemplos las particularidades foné-

tics que le distinguen del italiano, del español, del catalán, del portugués, estarían en situación de aprender muy deprisa una de estas lenguas. Y, aun que no las aprendiese, siempre habría un engrandecimiento de horizonte al sentir esta fraternidad del lenguaje con los pueblos latinos; fraternidad que es tanto más visible y sensible en nuestros dialectos del Mediodía que en la lengua francesa, la cual es también una hermana para las otras lenguas latinas; pero una hermana un poco desfigurada, una hermana «que ha hecho el viaje á París.» Italia, España, Portugal, están animándose para más altos destinos, para magníficas conquistas de civilización y de libertad. ¿Qué alegría y qué fuerza para nuestra Francia del Mediodía, si por un conocimiento más racional y más reflexivo de su propia lengua y por algunas comparaciones sencillísimas con el francés por una parte, con el español y el portugués por otra, sintiese hasta adentro de su mismo organismo la solidaridad profunda de su vida con toda la civilización latina! Durante los días que he pasado en Lisboa, me ha parecido más de una vez, al oír en las calles las frases vivas, los gozosos gritos del pueblo, al leer los rótulos de las tiendas, que me paseaba por Tolosa; pero por una Tolosa que se hubiese quedado capital, que no hubiese sufrido, en su lengua una decadencia histórica y que hubiese guardado sobre el frontis de sus edificios, como delante de sus más modestas tiendas, en los más gloriosos como en los más humildes rótulos, sus palabras de otro tiempo, populares y reales. Del sentirse en comunicación con la belleza clásica por las obras de sus poetas, del sentirse en comunicación por su sustancia misma con los más nobles lenguajes de los pueblos latinos, el lenguaje de la Francia meridional recibiría una renovación de orgullo y de vida. Nuestro lenguadociamo y nuestro provenzal, no son otra cosa más que grandes bahías desiertas por donde ya no pasa el gran comercio del mundo; pero se abren sobre el gran mar de las razas y de las lenguas latinas, sobre esta «señoría azul» de que habla el gran poeta de Portugal.

Hay que enseñar á los niños la facilidad de los pasos y mostrarles, mas allá de la barra algo cubierta de arena, toda la anchura del horizonte.

Yo desearía que los maestros, en sus Congresos, pusiesen la cuestión en estudio.

Es desde Lisboa que he escrito estas líneas, en el momento de partir para un viaje muy lejano, donde, por otra parte, encontraré, á la otra parte del Atlántico, el genio latino en pleno desenvolvimiento. Es desde la punta de la Europa latina, que envió á nuestra Francia del Mediodía este pensamiento filial, este acto de fe en el porvenir, este voto de enriquecimiento de la Francia total por un mejor aprovechamiento de las riquezas del Mediodía latino.

JEAN JAURÉS

(LA DÉPÊCHE, de Toulouse.—Trad. de la versión catalana publicada en EL POBLE CATALA.)

## El catalán delante del castellano

Dos artículos recientes, uno del señor Unamuno y otro de M. Jaurés sobre la significación é importancia de algunas de las

lenguas no oficiales dentro de los Estados español y francés, han vuelto á concentrar la atención de todos los que se interesan por estas cuestiones vitales de la lengua en el problema del catalán dentro de España y dentro del mundo civilizado. Hagamos, pues, ahora que se nos ofrece ocasión, una pequeña meditación sobre tema tan interesante.

¿Qué esperanza podemos tener los catalanes respecto á nuestra lengua? Dicho sea de paso, como verdad evidentísima, que la suerte de una lengua sigue á la del pueblo que la habla como cosa propia, siempre que éste crece y se expansiona, siempre que se encuentra en período de vitalidad. Roma aniquiló las lenguas indígenas de los países conquistados para imponer la suya; lo mismo hizo la España del xvi en la América del Sur; lo mismo la Inglaterra del xvii y xviii en la América del Norte, por no citar más que los ejemplos más vulgares. La lengua ensancha sus dominios con los de la raza respectiva. Pero la inversa no tiene lugar: cuando una raza, un pueblo está en decadencia y pierde muchos de los dominios donde políticamente dominaba antes, no por esto su lengua se retira con ella de sus dominios. Eso tendrá solamente lugar en el caso de una raza más fuerte que venga á imponer su lengua victoriosa. Roma cae y se disuelve en cien fragmentos heterogéneos, y la lengua latina permanece; España pierde su vasto imperio colonial, y la lengua castellana no por esto se retira de América; Inglaterra ve como su antigua colonia americana se declara independiente, y, no obstante, se sigue hablando en ella el inglés. En esta vida de lenguas sucede el proceso contrario al general: el destruir, cuesta más que el construir; el ser vencido, cuesta más que el ser vencedor.

Cataluña solamente ha tenido un período de expansión de su lengua: el de la expansión de su nacionalidad. Prescindiendo de la cuestión todavía debatida sobre si el catalán se hablaba en Valencia y en Mallorca antes de la reconquista, Cataluña implantó imperialmente su lengua en estas tierras al ser reconquistadas de los árabes. Cataluña ha sufrido una decadencia espantosa de tres siglos; pero su lengua, mirad que firme se aguanta dentro sus antiguos límites que, contrariamente á lo que muchos podían pensar, han sufrido insignificantes desplazamientos. Castilla y su lengua, además de la expansión peninsular paralela á la de Cataluña, tuvo más tarde la gran expansión colonial por América y la Oceanía. La decadencia española todavía dura: no obstante, su lengua se aguanta también firme dentro sus antiguos límites europeos y americanos.

¿Qué resulta de las consideraciones que preceden? Pues que tanto la lengua castellana como la catalana están, BIOLÓGICAMENTE, en el mismo estado, en una misma fase de vida, en estado de conservación y de defensa que ha venido á suceder á su momento imperialista de conquista y de ataque. Esta es la realidad que sólo nos hacen ver los aspectos biológicos de la lengua y no los aspectos estadísticos. Porque, ¿qué significa para la vitalidad de una lengua que la hablen un millón ó bien cuarenta millones de personas? Mirad el árabe, mirad el chino, y encontraréis cifras muy superiores todavía á la que señala el número de los habitantes de la tierra que hablan castellano. De manera que, todos estos señores que viniendo de las tierras castellanas á nuestra

patria se enhiestan á lo *hidalgo* y con risa burlona al oír hablar nuestro «horrible dialecto» y sintiéndose representantes de una lengua superior, superior con la única superioridad de algunos millones de bocas, quedan bien poco airosos delante de los que comparan las lenguas castellana y catalana en su valor positivo actual de vitalidad.

Muchos castellanos se sienten orgullosos porque aquellos que juzgan el mundo y los hombres al través de las cifras de las estadísticas han afirmado que el castellano es una lengua mundial.

Pero no son los treinta ó cuarenta millones de bocas que la hablan los que podrán hacer mundial la lengua castellana. «Mundial», como título de una lengua, no tiene un valor estadístico, tiene un valor de cultura. Lengua mundial es aquella que se basta á sí misma para hacer de los que la hablan *hombres de cultura*. El hombre que habla alemán, ó francés, ó inglés, puede adquirir toda la *cultura humana* del momento presente, sabiendo *exclusivamente* el alemán, ó el francés, ó el inglés. La civilización alemana, la francesa y la inglesa, son organismos completos en sí mismos para todas las funciones de la actividad humana. Este carácter de completación, este bastarse á sí propio para lo más bajo y lo más alto de la vida, es, precisamente, lo que se llama Cultura. Y por esto el que habla alemán, francés ó inglés, puede llamarse representante de una Cultura, que es una interpretación de toda la humanidad. ¿Puede decirse lo mismo del que habla castellano? ¿Puede llegar á ser el castellano un *hombre de cultura*, sabiendo nada más que su castellano? Aunque éste mane de setenta millones de bocas, el hombre que lo habla tiene que pedir auxilio á otras lenguas que no pueden disponer del lujo de tantos millones, acaso, como la francesa, para ser hombre de su tiempo. *La lengua castellana no se basta á sí misma, porque no representa una Cultura. La lengua castellana no es mundial, porque no hay, hasta el presente, Cultura castellana mundial.*

Si se quieren contentar con el calificativo de *mundial*, tomado en el sentido de pura extensión y no de intensidad, lo pueden hacer muy bien y no discutiremos por esto. Pero conste que, el estado positivo de su lengua, es igual al de la nuestra, y que no tenemos por qué envidiarles en este punto: las dos lenguas se encuentran en estado de conservación y de defensa como he dicho antes.

Pero, ¿nos hemos de contentar los catalanes con este estado de equilibrio de las lenguas ibéricas? ¿Cuándo tendrá Cataluña una superioridad efectiva, indiscutible? ¿Cuándo se levantará en actitud dominadora con la frente iluminada con su Cultura? ¿Cuándo surgirán Personalidades catalanas y todas las funciones de nuestra vida social que nos conduzcan á la victoria? Mientras no ocurra este sublime desequilibrio en la vida del Estado español, señalado por el mayor peso específico de la Personalidad, en cada uno de los catalanes respecto á los demás españoles, nos tendremos de contentar con el triste consuelo de ver á nuestra lengua braceando, defendiéndose, nada más que defendiéndose. ¡Y tan hermosas cumbres como tiene para alcanzar, y tan anchas llanuras ante su frente para dilatarse como una oleada triunfante!

MANUEL DE MONTOLÍU

«(El Poble Catalá)».

Política actual

## ¿Abolicionistas?

La Publicidad.—(Editorial, «Pequeña Tribuna»).

Hemos sido siempre enemigos de la pena de muerte.

Hace muchos años, con Eduardo Casellas —el malogrado correligionario que el destino arrebató al partido republicano de Barcelona,—organizamos la gran manifestación popular, para pedir al señor Cánovas el indulto de los sublevados de Santa Coloma.

Con Baldomero Lostáu gestionamos el de siete anarquistas fusilados en Montjuich; con D. Juan Sol y Ortega y D. Tiberio Avila pedimos al general Martínez Campos el perdón de Pallás.

Solos, completamente solos, contra la opinión de todo un pueblo, sin más ayuda que la palabra elocuente de Gabriel Alomar, solicitamos clemencia para Rull, condenado sin pruebas.

Nuestra firma figura al lado de la de Luis Mòrote, en la primera proposición abolicionista presentada en el Parlamento de España.

Pero por lo mismo que somos partidarios convencidos de la supresión de la pena irreparable, nos preocupa la manera de preparar convenientemente esta gran reforma, que la razón, la filosofía, el sentimiento demandan, pero que el egoísmo social resiste.

No basta exigirla á los Poderes públicos en nombre de la opinión.

La opinión pública reclama un día en Francia la supresión de hecho de la pena de muerte, borrando del presupuesto la partida del verdugo: Deibler quedará en la calle y la «viuda» se oxidará retirada en el almacén de los trastos viejos.

Mas la propia opinión pública, impresionada por un pequeño aumento de la criminalidad, estremecida de miedo ante las audacias de los apaches, no tarda en llamar á la puerta de M. Deibler y la «viuda» siniestra reaparece triunfadora, á pesar de Clemenceau, de Briand, que la maldijeron cien veces en sus libros ó en sus discursos.

Habría sido inútil que ahora se hubiese exigido al señor Canalejas el anticipo de la gran reforma ofrecida; es perder el tiempo demandarla á los Poderes públicos, sino la preparamos en los espíritus, suavizando las costumbres, dulcificando el alma de las muchedumbres y de los partidos, enalteciendo el valor de la vida humana, poniéndola por encima de todas las cosas.

Cuesta muy poco dirigir un telegrama sentimental al presidente del Consejo de Ministros, solicitando la vida de un semejante; es un sacrificio bien mísero el que se hace visitando con este piadoso objeto á una autoridad.

En pocos minutos está escrito un artículo declamador, expresión sincera ó insincera de nuestra «grandeza de alma», de nuestro «altruismo de una hora».

En cambio, es mucho más costoso á la voluntad, desquiciada por las cobardías ó pasiones de partido, acomodar las doctrinas á las prácticas, las ideas que profesamos á los hechos que se consuman, las propagandas á la acción.

Cada vez que los Republicanos, invocando el deber, cortan el hilo de una existencia, se acumulan en las prensas de los rotativos volúmenes de prosa melancólica y sensible y se ofrece al público impresionado una campaña abolicionista de «veinticuatro horas».

Se es abolicionista un día, pero al siguiente se amenaza con la aplicación de la pena de muerte al que no piensa como nosotros, al que tenemos por traidor á nuestras ideas, al que nos estorba, al que se atreve á contradecirnos.

¡Muera el rey!, exclama el republicano abolicionista. ¡Muera Maura ó Lacierva!, el convencido de la tiranía de estos hombres. Abolicionistas de la pena de muerte se llaman los que hieren á Cambó en Hostafranchs, después de sentenciar á la pena de muerte á Salmerón. Abolicionista es Morral que, para matar al rey, no vacila en matar á cuantos ciudadanos que el destino ofrezca á su venganza; abolicionistas son Artal y Posa, lo propio que los radicales que intentan la aplicación de la horrible pena contra un pobre ácrata acorrolado, que les acusa delante la tumba de Ferrer; abolicionistas de la pena de muerte los jóvenes rebeldes y furibundos revolucionarios, que van á los mitins con la navaja y la pistola en el bolsillo; abolicionista el filántropo que desde la Rambla apunta con un Browning á la cabeza del republicano nacionalista, que ha visto en la plataforma de un tranvía, por el enorme delito de llevar una bandera.

Hay que tener el valor de decirlo á nuestros conciudadanos.

Esta ferocidad de costumbre, este desprecio á la vida humana, esos odios implacables que nos llevan á la venganza y al crimen, esa monstruosa contradicción entre

nuestras lágrimas cuando se levanta un cadalso, nuestro desconsuelo cuando suena una descarga que destroza el cráneo de un semejante, y nuestro amenazar, nuestro agredir, nuestra eterna apelación á la suprema pena, dificultan más que la resistencia de los Poderes públicos, egoístas ó cobardes, el planteamiento de la gran reforma jurídica de cuyo retraso somos todos responsables.

Es natural, muy natural, que así como Alfonso Karr enemigo de la pena de muerte, invitaba, con ironía aplastante, á los señores asesinos á que comenzaran, los Gobiernos nos digan:

—Está bien, señores abolicionistas, comenzad vosotros.

## El Curso Miguel Angel

*Sigue abierta en esta redacción la suscripción á que invitamos á nuestros amigos y á los amantes de la cultura que deseen contribuir á la publicación del volumen que contendrá las Lecciones del Curso Miguel Angel, dado en Tarrasa en 1911, por los señores Leonart, Folch y López Picó, el cual formará un nutrido y lujoso tomo ricamente ilustrado con fotografías de las obras del gran Maestro, y editado por la revista «Ciutat», de Tarrasa.*

Precio del ejemplar . . . . . 5 pesetas

## Sorteo de arte de la revista «Ciutat» de Tarrasa

*Pinturas, acuarelas y dibujos originales de JOAQUÍN VANCELLS, PEDRO Y TOMÁS VIVER, FRANCISCO GALÍ, NOGUÉS, ARAGAY, RAFAEL BENET, TORNÉ ESQUIUS, JAIME LLONGUERAS, TORRES GARCÍA, CLARÁ É IVO PASCUAL*

Precio del número . . . . . 1 peseta

*Dirigirse á la Administración de CATALUÑA*

## Escritores españoles

# El problema religioso por dentro

(Conclusión)

He ahí un problema religioso de punta á cabo, de entraña religiosa, que no lo ha de resolver la política ni la diplomacia: lo hemos de resolver, con alma y vida, los que tenemos esa fe que traslada las montañas. Es algo más sustancial que el andar en fáciles manifestaciones de protesta: exige más virtud religiosa que unas firmas de sonoridad. Pero de él ha de venir la realidad al nombre, si éste ha de ser algo más que un sonido agradable.

¿A qué profeso de una idea religiosa le puede ser indiferente el conocimiento de la doctrina de su fe? Preguntad á los protestantes, no á éstos que en España se hacen protestantes ó judíos para casarse por lo civil ¡que se dan casos!, á los protestantes de buena fe, y de ciento, noventa y nueve saben su ley, su Biblia, sus deberes y su conciencia.

La literatura religiosa merece una inquisición sabia, implacable, que no deje por expurgar novena, ni hoja volandera, ni libro, ni revista.

Estoy tocando al periodismo, asunto de gran incitación para mí. ¡El periodismo antonomásticamente católico!

¡El seglar metido á adoctrinar en materias de fe y de disciplina, á hacer desde el parapeño del periódico conciencia cristiana! ¡Y hay sacerdotes que admiten, que toleran

esos maestros en jurisdicción tan suya, únicamente suya!

Yo hablaría largamente de la misión de la prensa; de cómo puede cooperarse desde el periódico á la acción de la Iglesia; de cómo no es oficio de clérigos y de cien cosas más; pero temo que estos senderos vayan abriéndose en multiplicación, y antes de empezar á conversar con vosotros, señores, he hecho voto de no fatigaros.

Sólo eso que he dicho; que se quite el paño al falso púlpito del periodismo; que se quite el signo exterior, ya véis si voto contra Canalejas, de lo católico; ó que el periódico sea periódico, sin otro magisterio.

¡Mirad qué herejía, qué cobardía, no quiero que se dé la cara por Cristo! ¡Cuántas voces han intentado injuriarme así! ¡Es verdad; quiero para mi fe, para mi religión, para mi Dios, el espíritu, el alma, lo que vale más, lo que es más en mí; no quiero papelerías ni apostolados sin unción sagrada!

Repetiré la misma suerte. Quiero también que el sacerdote sea sacerdote, y el fraile, fraile. Ya no os escandalizará esta frase. ¡Quién podrá sentir injuria, ni ofensa de decirle que sea lo que es, que lleve su ministerio, que en el orden admirable de la Iglesia ocupe su puesto y realice su vocación!

**BRICHS** **SOMBREROS**  
**ARCHS - 3**



# — Camisería y Corbatería

— Boquería - 32

:: BARCELONA ::

ESPECIALITAT —  
en CAMISES á MIDA

GRAN BARATURA  
— de PREUS

Os estoy brindando el problema religioso por dentro.

Y mirad cómo eso que suena y mete ruido en la vida política, lo de los signos exteriores para los cultos disidentes y lo de las órdenes religiosas, tiene su arranque aquí, dentro de la vida de la religión. Ha salido fuera la exteriorización, la futilidad.

Nos han provocado esos autos y expedientes con cierta malicia: se han enterado de nuestra flojeza interior.

Estamos, ya lo he indicado, muy aferrados á los rótulos, á los signos exteriores, á la nomenclatura, faltos de espíritu. Yo no defiendo ninguna violación de la ley constitucional del Estado, ni otorgo mi *placet* á nada que sea irreverencia, falta de respeto, á la Santa Sede. Lo que quiero decir es, que nuestra profesión religiosa, nuestra virtud religiosa, si es fuerte, si es firmes, si es verdadera, no debe estar á la ventura de una ridícula interpretación del Diccionario de la lengua, dada por el Presidente del Consejo de Ministros.

Hagamos conciencia religiosa, vivamos la fe.

Sucede, insistiendo más en esas ideas que voy insinuando, que en una ciudad, cualquiera, elegidla vosotros, de las más nombradas por su catolicismo, en la que continuamente se estén exteriorizando los votos religiosos, en la que se levanten muchos templos y fundaciones, en la que fácilmente puedan organizarse centros de acción social católica, en la que se hagan procesiones fastuosas, que en la vida, en las cos-

tumbres, no reverbera esa fe voceada, por lo visto, sólo con los labios. No se vive cristianamente, no hay vida de costumbres limpias; si os enteráis un poco de cómo están las cosas, apartaréis ojos de tanta *cochinería* y falta de sentido moral.

Se pregona mucha religión y no se vive la religión.

Viene á punto que yo traiga á relación esta noticia. En el movimiento actual religioso en Francia, hay, ya lo sabéis todos, una agrupación interesantísima, una juventud briosa, los «sillonistas». De ellos se critica y se murmura mucho, cargándoles el *sambenito* del modernismo. Un ilustre Obispo francés, no concordatario, ha dicho de los sillonistas: «Lo cierto es que estos jóvenes valerosos é inteligentes, practican su fe, viven la religión, son de vida honesta y de costumbres sanas.

Por ahí puede empezarse una restauración social sólida. Si empezamos á construir fachadas y tejados sin cimientos, viviremos vida de ruina.

¿Vives bien, practicas, tienes caridad, amas? Entonces la religión es en tí virtud, no es un nombre.

Ese es el problema.

Hombres del siglo, discutidores sosegados de corrillo de casino, que en esas horas de pereza intelectual emplazáis las cuestiones más árdas del día, no discutáis de religión si no la conocéis, si no la vivís, si sois solamente de los que declaran su fe en el censo y en el padrón.

Si la religión no es incompatible con la hombría!

Si la religión no es la beatería, si la religión no es nada achicado y enclenque, nada de sutilismos!

Urge la instrucción, el saber nuestra doctrina, no de carretilla, no por compendios ininteligibles, abarrotados de teología y ayunos de Evangelio; que de ellos se hace aprender la letra, poco de espíritu. Hay que rehabilitar el prestigio del sacerdote, hay que sentir la paternidad del cura de almas, hay que devolver á la parroquia su primacía, y vivir vida de Iglesia, que no es lo mismo precisamente que pasarse la vida en las iglesias.

Vuelvo á insistir en que el golpe del sectarismo político-antirreligioso, apuntando á las órdenes religiosas, no está exento de tino y malicia. Se ha buscado este flanco porque se sabe que estamos sin parroquia, sin vida de iglesia.

La parroquia está reducida hoy á la oficina sacramental, en la que registramos los actos civiles de la vida ungidos por la Iglesia: la oficina, en la que se pagan los derechos y los aranceles para que le quede sólo este aspecto material. El buen cura de almas, el párroco que ha recibido un ministerio tal de la Iglesia, que es pastor de ricos y pobres, no puede extender su mano bienhechora, no le oyen, no le siguen.

Su templo está sin culto, ¡no hay comodidades! Se vuelve desde el altar á predicar el Evangelio y no asisten los fieles á escuchar su palabra; es tan sencilla, tan apacible, ¡tan rancia! La beneficencia parroquial no puede desenvolverse: en las manos del

párroco no se depositan las pingües limosnas que fácilmente se encarrilan á otros aspectos de la devoción, á la suntuosidad de fundaciones.

Y ese sacerdote, para el que yo pido toda veneración, formado en el sacrificio, en una ruda y desabrida misión, es el que recibe á la entrada de la fe á nuestros hijos, el que ha de ratificar la ofrenda de los desposados, el que ha de poner la cruz bendita en nuestra frente al cerrar los ojos á esta vida. Los pobres aun conocen y saben lo que es el Párroco: es el sacerdote que se llega á ellos, que entra en sus chozas y viviendas de harapos. Es la voz amorosa, maternal de la Iglesia.

No hace falta tener enemiga ni recelos, no significa desviación hacia las órdenes religiosas, planteles del estudio, de la contemplación, de la austeridad, el pedir á voz en grito que se haga de vida de parroquia, vida de iglesia, que el sacerdote recobre toda la línea de su ministerio; que así también se formará la vocación, imperará la vocación sobre el oficio, y se educará y se preparará en los Seminarios para un positivo y real apostolado, poniendo muchas ventanas á la calle, á la vida.

El párroco, venerable, severo, cariñoso, hombre de experiencia, de espíritu, de oración, de abnegación: descubriós á su paso, besad su mano que es la mano pródiga, santa, ungida de la Iglesia. Así se restaurará el orden y la disciplina y todo estará en su sitio y los cooperadores prestarán eficacia á la fecunda obra religiosa de la Parroquia. Acordáos de las iglesias rurales, de la vida religiosa en el campo; qué acción evangelizadora para los monasterios, para los monjes.

Hay que estar preparados para la contingencia de los tiempos, que yo ahora no juzgaré: si se pierde el amparo oficial, si el Estado deja de ser confesional. De la Iglesia, en Francia, puede aprenderse mucho.

Volvamos á la sobriedad, demos más sustancia á la vida religiosa, opongamos limitación y coto á la superfluidad, no hagamos del culto artículo de vanidad y de lujo. Si la liturgia, si las ceremonias, si los misterios de la Iglesia, están impregnados de hondo sentido, de expresiones simbólicas, de acentos de poesía! Que se abra el alma á ese ambiente, que goce de esos gozos, y tendrá enamoramiento y conciencia de la sapientia de la Iglesia. ¡Si no se estudia eso, si no se enseña, si no se saborea!

Volvamos á la sobriedad. Este empeño de pasear las procesiones, las imágenes por

lo más bullicioso y mundano de las ciudades, no sé de qué cabezas habrá salido ni para qué almas servirá de alimento y gozo. Esto de engalanamientos, de escenografías, de percalinas y gasas y bombillas, para la esplendidez del culto religioso, será todo lo bonito que se quiera, pero yo he de decir que son como ahuyentadores de la oración y de la piedad verdadera, son como profanaciones, de manos pecadoras, en lo más serio, en lo más entrañable de la religión.

Es un esfuerzo dominador del mal gusto; del mal gusto que ha de tener grande y cercano parentesco con el diablo para meterse así en las iglesias y en el culto, y hacer un daño enorme.

Que nadie lo tome á mal. Quizás se abuse hoy mucho del mote del *modernismo* para combatir, á veces, con supuestas caravanas de herejes. El modernismo se nos ha entrado en la devoción, lo tenemos en casa.

Volvamos á la sobriedad.

\*\*\*

Ibamos los muchachos del barrio, los de la parroquia, á la novena de las ánimas. Estaba muy medrosa la iglesia. La novena se hacía por la noche: esas noches de noviembre, que son más noches.

En el altar, cuatro velas, y por delante del retablo, tapando la hornacina del santo titular, el cuadro de las ánimas.

¡El cuadro de las ánimas, qué respeto nos daba!

De marco muy ancho: el fondo muy negro y humoso y con abrazaderas y esquinas doradas, en la moldura. Y la pintura, un borrón, de unas llamas inciertas, de unas figuras de dolor; y arriba algo de luz, de misericordia, de perdón, de cielo...

Yo sé recordar toda la impresión que, en mi alma de niño, dejó para siempre el viejo cuadro de las ánimas.

Mi madre ¡qué huella bendita! nos ponía debajo del coro, en lo más escondido, en lo más á propósito para el recogimiento de la novena.

Subía el señor Cura al púlpito y leía unas oraciones. Y luego, revestido de capa pluvial negra, entonaba un responso. Mientras tanto cantaban unos hombres en el coro, y las mujeres, abajo, llorosas, respondían: «Que Dios las saque de penas... y las lleve... y las lleve á descansar».

¡Qué compunción infantil, religiosa, sacábamos de la novena de ánimas, en la pobre iglesia de la parroquia!

Ahora se saborea aquel misterio del cuadro borroso, se afina el sentido de aquellas quejumbres y sollozos, de aquel suntuoso

ambiente de pena; la iglesia casi á obscuras, el señor Cura con negros ornamentos, la pintura de las llamas, los ecos lastimeros de los devotos, las lágrimas y la tristeza de la cara de mi madre.

Eso es sentir plenitud religiosa, de carismas de Iglesia.

Las campanas de la parroquia suenan á maternal aviso, á vivir la hermandad del Evangelio, á confortar el alma con estos dogmas, con estas liturgias, con estos rezos tan empapados en sentido, tan humanos y tan divinos.

Yo he llevado á mis hijos á la parroquia; delante del retablo, cubriendo al santo del altar mayor, he visto el cuadro de las ánimas, el viejo cuadro borroso, con el marco ancho negro y las molduras doradas.

¡Qué bien, aun no ha entrado la moda por ahí!

Y he gozado porque he podido hacer sentir á mis hijos lo que mi madre me hizo sentir en la novena de las ánimas.

Fe robusta, fe sencilla de mis padres, vence tú, triunfa tú! Venga una restauración de vida que haga paladear lo suave, lo profundamente religioso de las prácticas buenas, saturadas de espíritu de Iglesia.

Bien sé que á esto lo llamarán... modernismo, herejía, atrevimiento!

No faltará algún tonto que diga que esto es querer enterrar á la Iglesia en las catacumbas.

Yo lo oigo, perdono y sigo mi camino, seguro de que voy bien y en buena compañía.

Lo que caerá será la hojarasca y lo hueco.

\*\*\*

Y ahora me ocurre que me he olvidado, en mi sermón, de los piadosos mayordomos, de estos académicos de ciencias sociales, iniciadores, afortunados realizadores, de este Certamen tan brillante, deslucido tan sólo por mis desafinamientos.

Ya no hay tiempo.

Es ya tarde, amigos míos, para dedicaros elogios y encomiar vuestra labor. Tened en cuenta que he acabado con la paciencia de este auditorio, tan distinguido y tan bueno conmigo.

Por eso yo os diré, en compendioso resumen, todo un discurso, y mis votos y ofrendas por la prosperidad de vuestra Academia; os diré con frase muy castellana, muy charra, de mi tierra salamanquina, «salud para hacer tan buenas obras».

MARTÍN D. BERRUETA

Profesor de la Universidad de Salamanca.

—EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES—

# LA EGIPCIA

SOCIEDAD ANÓNIMA

La más importante de España-20 sucursales con teléfono-Central: Pelayo, 44, teléf. 1, 113 ♦ ECONOMIA VERDAD EN LOS PRECIOS

**Importante:** La Egipcia es la única funeraria que posee Cámara de Desinfección, no sirviendo artefacto alguno sin que sea previamente desinfectado.—NOTA: Esmerado y rápido servicio tanto en la Capital como fuera de ella.



Pélope llevándose á Hipodamia en la cuadriga



Pélope concerta con Enomao é Hipodamia las condiciones de la carrera

**BIBLIOTECA DE AUTORES CLASICOS  
GRIEGOS Y LATINOS**

BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS PROFESORES  
**LUIS SEGALÁ y COSME PARPAL**

Con la versión directa y la traducción literaria  
por eminentes humanistas antiguos y modernos.

**VOLUMENES APARECIDOS HASTA LA FECHA:**

SAFO: *Odas I y II*; ERINA: *A la Fuerza*; 1 vol.—BAQUILIDES: *Teseo*; 1 vol.—PINDARO: *Olimpica I*; 1 vol.—MOSCO DE SIRACUSA: *Amor fugitivo*; 1 vol.—JENOFONTE: *Apología de Sócrates*; 1 vol.—SAN JUAN CRISOSTOMO: *Defensa de Eutropio*; 1 vol.—HORACIO: *Epódos I-X*; 5 vols.—HORACIO: *Epístola á los Pisones*; 1 vol.—SÓFOCLES: *Electra*.

**EN PREENSA:**

ARATO: *Los Fenómenos*.—HORACIO: *Epódos X* y siguientes.—SAN DAMASO: *Epigramas*.

**EN PREPARACIÓN:**

ARISTOTELES: *La República de Atenas*.—BAQUILIDES: *Los Jóvenes*.—BION: *El mancebo cazador*.—EURIPIDES: *El Ciclope*.—HERODAS: *Mimos*.—HOMERO: *La Batracomiomaquia*.—MENANDRO: *El arbitraje*.—SAN METODIO: *El Banquete de las Diez Virgenes*.—PITAGORAS: *Versos áureos*.—TEOCRITO: *Idilios*.—AUSONIO: *A la estatua de Dido, y los Meses*.—CATULO: *Elegías*.—CLAUDIANO: *En alabanza de Hércules*.—FEDRO: *Fábulas*.—JUVENCIO: *Historia Evangélica*.—LUCANO: *La Farsalia*.—MARCIAL: *Epigramas*.—OVIDIO: *Elegías*.—PRUDENCIO: *Himnos*.—SENECA: *Tragedias*.—TIBULO: *Obras*.—VIRGILIO: *Eglogas y Geórgicas*.

**COLECCION DE AUTORES CLASICOS  
GRIEGOS Y LATINOS**

Con la construcción directa y la traducción  
interlineal, publicada bajo la dirección de

**LUIS SEGALA y FRANCISCO CRUSAT**

PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA



La Victoria premiando al jinete vencedor

Obras de Cornelio Nepote, Lhomond, Horacio.

En preparación: Anacreonte, Babrias, Demóstenes, Jenofonte, Homero, Platón, Sófoeles, Cicerón, Fedro, Justiniano, Ovidio, Virgilio.

**Publicaciones del Dr. Luis Segalá y Estalella**

*Gramática del dialecto eólico*.—Premiada en la Exposición Internacional de Atenas, de 1903.—Barcelona. Bonal. 1897.

HOMERO: *La Ilíada*.—Versión directa y literal del griego, favorablemente informada por la Real Academia Española y declarada de mérito por el Consejo de Instrucción Pública, con ilustraciones de Flaxman y de A. J. Church. Barcelona. Montaner y Simón. 1908.

HOMERO: *La Odisea*.—Recientemente publicada. Versión directa y literal del griego, con ilustraciones de Flaxman y de Wal Paget. Barcelona. Montaner y Simón. 1910.

HESÍODO: *La Teogonía*.—Texto griego, versión directa y literal con dibujos de Flaxman. Barcelona. Serra Hermanos y Russell. 1910.

**En preparación:**

HOMERO: *La Batracomiomaquia*.  
HESÍODO: *Los Trabajos y los Días*.  
APOLONIO: *Las Argonáuticas*.



LA EDAD DE BRONCE Dib. de Flaxman

Tanto las obras de la Biblioteca de Autores Clásicos como las demás de los Dres Segalá y Parpal pueden obtenerse por mediación de esta Administración.

Muntaner, 22-BARCELONA



LA TEOGONÍA DE HESÍODO.—Hesiodo y las musas Dib. de Flaxman

Enrique Prat de la Riba

**La Nacionalitat Catalana**

Volumen de 152 págs. de 20 x 13 cms.

Edición Popular: 50 céntimos

Con cubierta á dos colores y el retrato del autor: 1 peseta

SE VENDE EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS

Depósito: **CATALUÑA** Calle Muntaner-22 bajos

Quedan unos pocos ejemplares en papel de hilo que podrán adquirirse en esta Administración al precio de 10 ptas. ejemplar.

**AGUA MINERO : MEDICINAL  
NATURAL : PURGANTE**

**RUBINAT-LLORACH**

Recomendada por las Academias de Medicina de París y Barcelona, etc., etc.

DIPLOMAS Y MEDALLAS DE ORO

PURGANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

Combate eficazmente la constipación pertinaz del vientre, infartos crónicos del hígado y bazo, obstrucciones viscerales, desórdenes funcionales del estómago é intestinos, calenturas, depósitos biliosos, calenturas tifoideas, congestiones cerebrales, afecciones herpéticas, fiebre amarilla, escrófulas, obesidad (gordura); NO EXIGE REGIMEN NINGUNO.—Como garantía de legitimidad, exigir siempre en cada frasco la firma y rúbrica del Dr. Llorach, con el escudo encarnado y etiqueta amarilla. Desconfiar de imitaciones y substituciones.

— VÉNDESE EN FARMACIAS, DROGUERÍAS Y DEPÓSITOS DE AGUAS MINERALES —

Administración: Calle Cortes, 648 - BARCELONA

Nadie debe estar en su casa sin una botella de agua Rubinat-Llorach

**AGUAS MINERALES NATURALES**  
 de la  
**SOCIEDAD ANÓNIMA**  
**VICHY CATALÁN**

Aguas hipertermales, de temperatura 60°, alcalinas, bicarbonatado-sódicas. Sin rival para el **reumatismo**, la **diabetes** y las afecciones del **estómago**, **hígado**, **bazo**. Estas aguas, de reputación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan todos los distintivos con el nombre de la **Sociedad Anónima Vichy Catalán**. Llamamos la atención de los consumidores, y muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sorprender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras **artificiales** que se ofrecen en este mercado con nombres de **fuentes imaginarias** que sólo son marcas de fábrica y **no fuentes de origen**.

**DE VENTA EN TODAS PARTES**

Administración: RAMBLA de las FLORES-18-ent.º



VIUDA DE  
**JOSÉ RIBAS**

MOBILIARIOS DE LUJO  
 EN ESTILOS CLÁSICOS Y MODERNOS



INTERIORES COMPLETOS



SECCIÓN COMERCIAL

MOBILIARIOS

EXTRAORDINARIAMENTE BARATOS



METALISTERÍA \* LÁMPARAS



OBJETOS DE ARTE



PARQUETS PLEGABLES (PATENTADOS)

Despacho: Plaza de Cataluña, 7

Almacenes y Talleres: Consejo de Ciento, núm. 327

**: Cemento Portland Artificial: ASLAND**

Fábrica en Castellar de Nuch y la Pobla de Lillet

Actual producción: 240 toneladas diarias

Sólo una clase - La superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN

Resistencias sólo comparables á las de los mejores portlands conocidos : Aplicables á todos los usos, especialmente á los que exigen resistencia extraordinaria : Insustituible en obras hidráulicas :

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL

A igual resistencia admite cuatro veces más arena que los mejores cementos : Fabricación por hornos rotatorios automáticos : Motor hidráulico por tubería forzada de 4,700 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, desarrollando 3,000 caballos de fuerza : Combustible procedente de las minas de la Compañía : Laboratorio físico y químico á disposición de los clientes como garantía de la calidad : Análisis constante de las primeras materias y del producto elaborado :

Despacho en BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 (Pórticos Xifré)

Obras de JOSÉ CARNER

Llibre dels Poetes (poesías)	3	Ptas.
Els fruits sabrosos (poesías)	1	»
Floretes de S. Francesc (traduc. del italiano)	2'50	»
La Malvestat d'Oriana (novela)	2	»

Depósito: Librería Internacional de LUIS GILI - Claris, 82

Pueden adquirirse en esta Administración

OBRA NUEVA ACABA DE PUBLICARSE

**Compendio de Legislacion Municipal**

Ley Municipal de 2 de Octubre de 1877

— POR —

**F. SANS Y BUIGAS**

ABOGADO

Secretario del Ayuntamiento de Sarriá

Esta obra, que forma un tomo de 440 páginas de 20 X 14, constituye un verdadero compendio de toda la legislación y jurisprudencia dictada en materia municipal.

Es la única que contiene la ley Municipal comentada por artículos.

Resulta de gran utilidad para los Alcaldes, Concejales, Secretarios de Ayuntamiento, Abogados, Procuradores, Notarios, Propietarios, etc., etc., y se vende al precio de 4 pesetas en rústica y 5 encuadernada en tela.

De venta en las principales librerías de España y en la Administración de esta Revista.—Se sirven pedidos remitiendo el importe.